



Universidad
Zaragoza



Facultad de
Filosofía y Letras
Universidad Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Continuidad y cambio entre el Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el Valle del Ebro. El papel de los intercambios e interacciones culturales.

*Continuity and change during the Final Bronze Age and the First
Iron Age in the Ebro Valley. The role of interchanges and cultural
interactions.*

Autor:

Jordi Rubio Parias

Director:

Jesús Vicente Picazo Millán

Facultad de Filosofía y Letras

Curso 2018-2019

ÍNDICE

Resumen.....	1
1. Introducción	1
1.1. Justificación del trabajo.....	2
1.2. Objetivos del trabajo.....	2
1.3. Estructura del trabajo.....	3
1.4. Metodología, fuentes y problemas	4
1.5. Estado de la cuestión	5
1.5.1. Antecedentes	5
1.5.2. Bronce Final.....	5
2. Bronce Final (1300/800 ANE)	9
2.1. Depósitos metálicos	9
2.1.1. Depósito de Sant Aleix (Lleida, Cataluña).	10
2.1.2. Depósito de los Cascajos (Grañón, La Rioja).	13
2.2. Mundo funerario	15
2.2.1. Continuidad y cambios durante el Bronce Final.	16
2.2.2. Necrópolis de incineración y arquitectura tumular.	18
2.3. Estelas.....	22
3. Primera Edad del Hierro (800-500 ANE).....	26
3.1. Artefactos metálicos	26
3.2. Economía.....	31
3.3. Urbanismo y Fortificaciones.....	33
3.3.1 Algunos ejemplos destacados	33
3.3.1.1. Cabezo de la Cruz.....	33
3.3.1.2. Los Castellazos.....	36
3.3.2. Tradición e influencias orientales	36
3.4. Mundo funerario	39
4. Conclusiones.....	42
Bibliografía	45

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es poner de manifiesto los aspectos que marcan la transición entre el Bronce Final y La Primera Edad del Hierro en el Valle del Ebro, ligados al fenómeno de los intercambios e interacciones con el ámbito centroeuropeo y mediterráneo.

Partimos del estudio de distintos elementos que son marcadores claros de esas transformaciones y del comercio (tumbas, depósitos metálicos, fortificaciones, economía, etc.), para más tarde analizar el origen y la influencia que tuvieron en las sociedades locales del noreste peninsular.

Palabras clave: Bronce Final, Primera Edad del Hierro, comercio colonial, Valle del Ebro.

ABSTRACT

This work's main objective is to lay bare the marking aspects of the transition between the final Bronze Age and the first Iron Age in the Ebro Valley, linked to the phenomenon of interchange and interaction within the Central European and Mediterranean scope.

We start from the study of different elements which are clear markers of those transformations and of the commerce (tombs, hoards, fortifications, economy, etc.) in order to subsequently analyze their origin and influence in the local societies of the Peninsular Northeast.

Keywords: Final Bronze Age, First Iron Age, colonial commerce, Ebro Valley.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Justificación del trabajo

Tradicionalmente, Bronce Final y Primera Edad del Hierro tienden a tratarse de forma conjunta bajo el fenómeno aglutinador de los Campos de Urnas. Sin embargo, la transición que tuvo lugar entre ambos periodos supuso una transformación importante en prácticamente la totalidad de la Península Ibérica, ya que experimentaron cambios sutiles en cuanto a la formación de la propia sociedad, las formas de gobierno, el ámbito funerario y el desarrollo de la economía en general. De este modo, pretendemos analizar la información de la que disponemos para averiguar cuáles son los motores de este cambio, poniendo como punto de referencia el territorio del Valle del Ebro.

Este proceso supone el surgimiento de sociedades complejas que en realidad son un desarrollo de las anteriores, ya que se sigue con un modelo poblacional similar y con un sistema económico puramente agrario, aunque ya comienzan a surgir algunas polarizaciones sociales y centros de referencia especializados que controlan zonas amplias. Pero dentro de esta dinámica, parece que el fenómeno colonial, ligado a la presencia fenicia primero y griega poco después, fue un hecho capital, potenciando los mecanismos de interacción e intercambio entre comunidades, cuestión central que queremos explorar

Debido a la fascinación que me provoca la Prehistoria Reciente, mi objetivo ha sido realizar un trabajo que se centrará en un segmento de este periodo de tiempo, lo cual se suma a mi interés por los aspectos relacionados con la economía y la sociedad, así como a procesos de cambio y transformación. Además, como aragonés veo una necesidad de ahondar en la evolución que ha experimentado mi territorio, de ahí el centrarme en la zona del Valle del Ebro para poder compilar y analizar desde una perspectiva histórica la información posible acerca de estos procesos de cambio.

1.2. Objetivos del trabajo

Con la realización de este trabajo mi objetivo general es el de analizar y diferenciar algunos aspectos y elementos propios del NE peninsular (metales, economía, fortificaciones, restos funerarios, estelas...), tanto del Bronce Final como de la Primera Edad del Hierro y ver como se configuran en cuanto a las interacciones que se dan con otros ámbitos como las zonas

centroeuropeas y el Mediterráneo Oriental. De esta forma, seremos capaces de compilar y observar los procesos de cambio que se producen en la transición entre ambas épocas.

Estamos hablando de Prehistoria, de modo que el conocimiento se construye a partir de las hipótesis sobre la información que aporta el registro arqueológico, lo que muchas veces da lugar a disparidades en cuanto a la opinión de los distintos autores. En esta vía, veo necesario poner de manifiesto dichas investigaciones y compararlas unas con otras.

Como se ha indicado, hay cierto consenso en considerar que es un tiempo marcado por los intercambios y las interacciones entre distintas sociedades, pero antes de entrar en esas cuestiones primero se debe conocer el contexto en el que nos movemos, de modo que otro de los objetivos de este trabajo sería el de definir el contexto cultural y cronológico del noreste durante estos periodos, lo cual ayuda a sopesar la magnitud de las transformaciones que se producen.

Finalmente, para todo ello es necesario analizar los restos encontrados en el registro arqueológico buscando una perspectiva que no sea meramente descriptiva. Es decir, pretendo dar una interpretación más extensa a los vestigios, incidiendo en su carácter sociológico y cultural y no limitarme a realizar un mero catálogo de los restos.

1.3 Estructura del trabajo

Para conseguir una estructura ordenada he pretendido diferenciar dos partes que comprendan tanto a la época del Bronce Final como a la Primera Edad del Hierro, además de un bloque introductorio donde abordamos los objetivos, estructura, metodología, etc. y unas conclusiones generales, sumarias, deducidas a partir de la casuística explorada. De esta forma, en cada una de ellas analizaré una serie de elementos que me ayuden a acercarme a mi propósito. En el caso del primer periodo, hablaré sobre elementos como los metales, las cerámicas acanaladas que comienzan a aparecer, así como la incineración y las estelas como de la Luna, que también indica contacto e interacción. En este contexto, soy consciente que encontraré una menor cantidad de información y más restringida, pasando entonces a la etapa del Hierro y prestando atención a elementos como los metales, tumbas, armaduras, trípodes, fortificaciones y finalmente la economía.

1.4 Metodología, fuentes y problemas

La revisión bibliográfica será el método de trabajo, así como la comparación de las investigaciones realizadas por los principales estudiosos del tema. Para ello me he basado en artículos científicos, ya que estos temas son más comunes de encontrar en las revistas históricas que en obras de síntesis. En un primer término he pretendido contextualizar el territorio del Valle del Ebro, diferenciando entre Bronce Final y Primera Edad del Hierro a partir de artículos de diversos autores como López Cachero (2007), Picazo (2005), Rodanés y Picazo (2018) o Ruiz Zapatero (2011) entre otros, que nos han proporcionado la información necesaria para establecer la estructura cronológica de los periodos y una visión general de los mismos

Sin embargo, el desarrollo que se produce en la depresión del Ebro no es la misma en todos sus puntos y no debe limitarse únicamente a esta zona, puesto que en muchas ocasiones los territorios circundantes presentan unas características muy similares y pueden englobarse en el mismo ámbito. De esta forma, cabría hablar de tres o incluso cuatro ámbitos (Picazo 2018) que presentan niveles de desarrollo distintos: El Bajo Aragón, el complejo Segre-Cinca, el grupo del Valle Medio del Ebro y finalmente La Rioja con el hallazgo de Cogotas I.

En un segundo término y dejando a un lado la contextualización, he empleado de forma supletoria otra serie de artículos más centrados en los propios cambios e interacciones para desarrollar el grueso del trabajo, fundamentándome en autores como Picazo y Rodanés (2018).

En cuanto a los problemas que han aparecido en la realización del trabajo cabe mencionar el de las cronologías, ya que muchos autores proporcionan fechas distintas para los mismos procesos, de modo que eso puede crear confusión. De la misma forma, se plantean ideas diferentes para explicar el desarrollo de los acontecimientos, ya que algunos hablan de evoluciones locales y otros prefieren apoyarse en las influencias exteriores para explicar los cambios.

La depresión del Ebro plantea una serie de contratiempos para el Bronce, ya que, a pesar de darse cierto número de excavaciones extensivas, las investigaciones no suelen ver la luz y finalmente no se publican. Además, en este periodo que supone el inicio de la Edad del Hierro, el registro arqueológico se vuelve mucho más claro y permite discernir un poco más acerca de las sociedades y los procesos de desarrollo que se daban tanto de forma local como externa; un tema que desarrollaré más adelante.

A esto debe sumarse el problema de las actuales fronteras administrativas, ya que por ejemplo, en las síntesis sobre el NE peninsular realizadas desde Cataluña, tiende a hacerse una reducción, dejando de lado otros territorios del valle medio del Ebro o el Sistema Ibérico... y a la inversa, cuando se realizan síntesis desde Aragón, tiende a centrarse la discusión en el valle del Ebro, dejando apartados territorios de la costa catalana, de La Rioja, etc.

1.5. Estado de la cuestión

1.5.1 Antecedentes

El periodo de estudio debe ubicarse entre el 1300 y el 500 cal. ANE (López Cachero 2007, 100), con unos antecedentes que deben buscarse en el Bronce Antiguo-Medio y que influirán en el devenir del NE peninsular. Ya se dan intensas ocupaciones en zonas llanas por su riqueza agrícola, pero no por ello se abandonan los asentamientos temporales en cuevas y abrigos, ubicados en zonas de baja y media montaña. Al sur del Ebro el panorama es un poco distinto. Por el Sistema Ibérico y estribaciones se imponen los poblados en altura con estructuras defensivas relativamente potentes y, a partir del Bronce Medio, tienden a ocuparse los llanos del centro de la depresión por pequeños asentamientos agrarios integrados por cabañas y silos (Picazo 2005).

1.5.2 Bronce Final

Si hablamos de hábitat encontramos dos ámbitos diferenciados que siguen tendencias de ese Bronce Inicial: por una parte hablamos de la costa de Cataluña y la Depresión prelitoral, donde se realizan asentamientos perecederos formados por residencias familiares y granjas autónomas dispersas por el territorio, lo cual se asocia a la aparición de silos y otras fosas. Serían pequeñas estructuras con hogar, banquetas o zócalos, pozos de almacenaje y una cubierta a dos aguas sujeta por postes interiores (Ruiz Zapatero 2011). Esto se interpreta como un conjunto de grupos segmentarios y dispersos, siendo la necrópolis el centro que actuaría como foco de la comunidad. Son sociedades fundamentalmente igualitarias, aunque la aparición de algún silo de mayor tamaño ha llevado a la idea de cierta diferenciación social basada en la gestión del excedente y el mayor desarrollo agrícola. Sin embargo, estas diferencias no aparecen marcadas en el registro funerario.

Por otra parte encontramos el territorio de la Depresión, el grupo Bajo Segre-Cinca, donde ya podemos discernir el levantamiento de asentamientos construidos en piedra que se ubican en zonas elevadas del terreno y donde ya se concentran varias familias. Los ejemplos que aportan mayor información serían los del poblado de Genó (Aitona, Lleida), que cuenta

con 18 casas adosadas, con un espacio central de uso comunal para guardar ganado y otras actividades, así como el del Cabezo de Monleón en Caspe. Las casas son de planta rectangular con muros de piedra y postes interiores de madera para aguantar la techumbre a un agua. En este caso también nos encontramos con una sociedad igualitaria como marcan el tamaño de las viviendas y los ajuares de los enterramientos. La excepción viene dada por una casa de mayor tamaño que cumpliría las funciones de taller metalúrgico, contando también con el conjunto cerámico más complejo, de modo que podríamos estar ante el jefe de familia más importante y por tanto, sí existiría cierta diferenciación social.

La economía (López Cachero 2007) se fundamentaba en un modelo agropecuario basado en la cebada vestida y el trigo desnudo, apoyado por rebaños de ovejas y cabras y leguminosas en un segundo término. Además, hay mijos que podrían haberse introducido desde el sureste de Francia (Ruiz Zapatero 2011, 648). Sin embargo, en este ámbito también nos encontramos con diferencias regionales, ya que en el territorio occidental podemos encontrar modelos que introducirían el trabajo con arado, el barbecho y el uso de abonos con estiércol del ganado, lo cual indica una ocupación más estable y a largo plazo (López Cachero, 2007, 100-117). Por otra parte, en la zona costera podemos encontrar restos de un sistema de rozas y deforestación por fuego, lo cual es un indicio de asentamientos más cortos y disgregados por el territorio¹.

Todas estas actividades se complementarían con el intercambio de ciertos objetos, lo cual queda marcado en el registro arqueológico por el hallazgo de depósitos de metales en vías naturales y zonas de paso. Hacia finales de este periodo del siglo VIII ANE ya se comienzan a introducir los primeros objetos de hierro, así como los contactos mediterráneos con fenicios y griegos de forma posterior.

Es un periodo que coincide con el horizonte denominado en Alemania como *Urnenfelderkultur*, es decir, el fenómeno de los Campos de Urnas (Ruíz Zapatero 2014, 195). Son grupos cuyo ritual funerario está basado en la incineración y cuyas cenizas se depositan en urnas cerámicas, formándose campos con hoyos, extensas necrópolis, que veremos cómo se extienden desde el Danubio Medio hasta el Noreste de la Península Ibérica y desde Bélgica y los Países Bajos hasta el Norte de Italia. Del mismo modo, también se asocia otros aspectos como los depósitos de bronce y el tipo de cerámica con decoración acanalada.

¹ A pesar de estas afirmaciones, no tenemos pruebas concretas de que realmente ocurriese.

Esas urnas se ajustan a unos modelos relativamente estandarizados y suelen presentar decoraciones acanaladas con motivos sencillos de tipo geométrico y, más raramente, zoomorfos. Las primeras cerámicas acanaladas se identifican en contextos del Bronce Tardío, de modo que podemos hablar de una introducción paulatina de los Campos de Urnas sin suponer un gran cambio en el sistema socio-cultural, el cual llegaría sobre los siglos X-IX a.C. con la implantación generalizada de las necrópolis de incineración, la colonización de nuevos espacios, el surgimiento de poblados de nueva planta y en algunos casos la ocupación de otros ya habitados (Rodanés y Picazo 2018, 161-172).

Desde los primeros trabajos en España llevados a cabo por Bosch Gimpera sobre 1920, las investigaciones han cambiado y se ha comenzado a negar las teorías de carácter migracionista, es decir, oleadas con aportes de población como responsable de la introducción de los nuevos elementos como el ritual de la Incineración o los equipos metálicos y cerámicos. Sin embargo, estas interpretaciones no terminan de explicar datos concretos y ciertos problemas relacionados con las transformaciones culturales que se dan en el transcurso del II y I milenio ANE. Por ello fueron surgiendo otros modelos teóricos que matizaban el anterior, como el de Ruiz Zapatero (2011), quien explica este fenómeno expansivo de los Campos de Urnas como resultado de pequeños movimientos de población desde el otro lado de los Pirineos, así como la introducción paulatina de los elementos nombrados. Pero también, frente a estas teorías, otros autores niegan la existencia de cualquier desplazamiento de gentes, de modo que el protagonismo recaería en las poblaciones autóctonas, que evolucionarían a partir de los contactos e interacciones entre grupos vecinos

Actualmente, una de las teorías con mayor número de investigadores a su favor es aquella que habla del ritual de cremación como un elemento asociado a influencias transpirenaicas, con una difusión lenta (López Cachero 2007). Hablaríamos entonces de un panorama donde convivirían en un primer término enterramientos mixtos fundamentados tanto en la incineración en zonas de cuevas y megalitos, como inhumaciones con ajuares acanalados. El cambio vendría dado con la implantación de las necrópolis de cremación, ya que se imponen otra serie de cambios culturales como ocurriría en El Calvari o en el Coll del Moro.

Sin embargo, cabe destacar la aparición en la Península Ibérica y sur de Francia durante el Neolítico, de rituales de cremación total o parcial.²

En conclusión, las transformaciones que se dan durante la transición de milenio no ocurren con homogeneidad en el tiempo ni en el territorio, de modo que algunos autores como López Cachero (2007, 104) prefieren omitir el término de Campos de Urnas y limitarse a hablar de “Bronce Final y Primera Edad del Hierro”, con un significado más cronológico que cultural; tendencia que ya hace años que se asumió en otros lugares como Francia.

² La cremación no es algo totalmente nuevo, pues se constatan rituales de cremación total o parcial en la Península Ibérica y sur de Francia desde el Neolítico. No obstante habría que marcar una clara diferencia entre las cremaciones neolíticas en cuevas, dirigidas seguramente a sanear los osarios (se van depositando cuerpos completos de forma acumulativa) que suelen ser parciales, y las de Campos de Urnas, que se asocian al ritual funerario y posterior enterramiento de cenizas en auténticas necrópolis.

2. BRONCE FINAL (1300/800 ANE)

Durante este periodo son varios los cambios que comienzan a percibirse y que nos acabarán conduciendo hasta la Primera Edad del Hierro. Es por ello que cabe describir algunos fenómenos como el de depósitos metálicos, estelas y enterramientos, con el objetivo de realizar un posterior análisis en el que buscaremos indicios de interacciones con otros ámbitos como el mediterráneo y la zona centroeuropea. Estos fenómenos, junto a los desarrollos internos de cada comunidad, serán los que nos ayudarán a explicar las transformaciones o pautas de cambio que experimentan las sociedades del Valle del Ebro en la transición del Bronce al Hierro.

2.1. Depósitos metálicos

Para caracterizar los contactos e interacciones que se dan durante el Bronce Final es necesario hablar de una serie de elementos arqueológicos que son indicadores de estos fenómenos, comenzando por los hallazgos de metales y depósitos que resultan fundamentales a la hora de realizar una construcción sobre aspectos concretos de estas sociedades del noreste peninsular. Para ello considero necesario centrarme en aquellos hallazgos que por la cantidad de elementos que concentran o por el carácter de los mismos son indicadores claros de intercambios tanto culturales como "comerciales".

Los depósitos (*hoard* en inglés) son acumulaciones o escondrijos de artefactos metálicos que han sido enterrados por diversos motivos, como su recuperación posterior para ser refundidos, tratándose de chatarra. Sin embargo, también podemos encontrarnos con deposiciones de elementos de prestigio que pertenecían a algún comerciante para ser vendidos, aunque asimismo podían engrosar el patrimonio de las aristocracias guerreras emergentes o su ajuar funerario.

Para su tratamiento he realizado una selección de los que considero más relevantes y representativos para afrontar el problema de estudio, como son el depósito de Sant Aleix (Lleida) y el de los Cascajos (La Rioja).

2.1.1. Depósito de Sant Aleix (Lleida, Cataluña).

Para el estudio de este tema he empleado el artículo de Rovira i Port y Casanovas i Romeu (1993) , que extraen ideas de otros autores como Almagro Basch (1960), Arteaga (1976-78), Bosch Gimpera (1919), Gallart (1987, 1990, 1991), Ruiz Zapatero (1985), Fabre (1952), Martí (1969-70), etc., así como de artículos propios anteriores (1976-78, 1982, 1989, 1990-91).

En un primer término cabe hablar del depósito metálico de Sant Aleix (Lleida) (Rovira i Port y Casanovas i Romeu 1993), configurando un conjunto de brazaletes de bronce que se encontraron de forma accidental y que se sitúan en un contexto similar al resto de hallazgos de Cataluña. Se encuentra compuesta por 17 brazaletes, 16 de ellos con decoración incisa de diferentes calidades y motivos, pero presentando unos patrones y concepciones muy homogéneas. Se sabe que en Cataluña había dos depósitos más de brazaletes en Picalts y en Forat de Romi, pero son piezas que se han dispersado y de las cuales muy pocas han llegado a nosotros, de modo que solamente el conjunto de Sant Aleix es el que ha llegado intacto, con un gran estado de conservación, unidad estilística, tipológica y de ornamentación.

Con los estudios metalográficos podemos concretar que la mayoría de los objetos catalanes tienen una procedencia de los Alpes Orientales, el Jura o el Delfinado, predominando los bronce binarios y con una menor presencia de los ternarios a base de cobre, estaño y plomo. Otro yacimiento sería el de Llavorsí, con 77 brazaletes, pero sólo con 3 superiores al 3% de contenido en plomo, mientras que en el hallazgo de Murisecs hay más bronce ternarios. Sin embargo, el cobre empleado proviene también de los Alpes Orientales.

En cuanto al depósito de Sant Aleix, sería de carácter temporal de intermediarios o comerciantes, y no un depósito destinado a la refundición, de modo que su origen se encontraría en los Alpes y sería enterrado para su posterior distribución. Parece provenir en su totalidad de este único centro de producción, siendo los paralelos más cercanos los ubicados en el este y sureste francés, como los hallazgos de la Planèze, Saint-Foy y Bord, pero también los de la Grotte du Luc, Saint-Leger, etc. Esto es un indicador claro de contacto, de modo que el análisis total de los depósitos encontrados nos permite formular teorías sobre rutas "comerciales" que se extienden de norte a sur y viceversa.

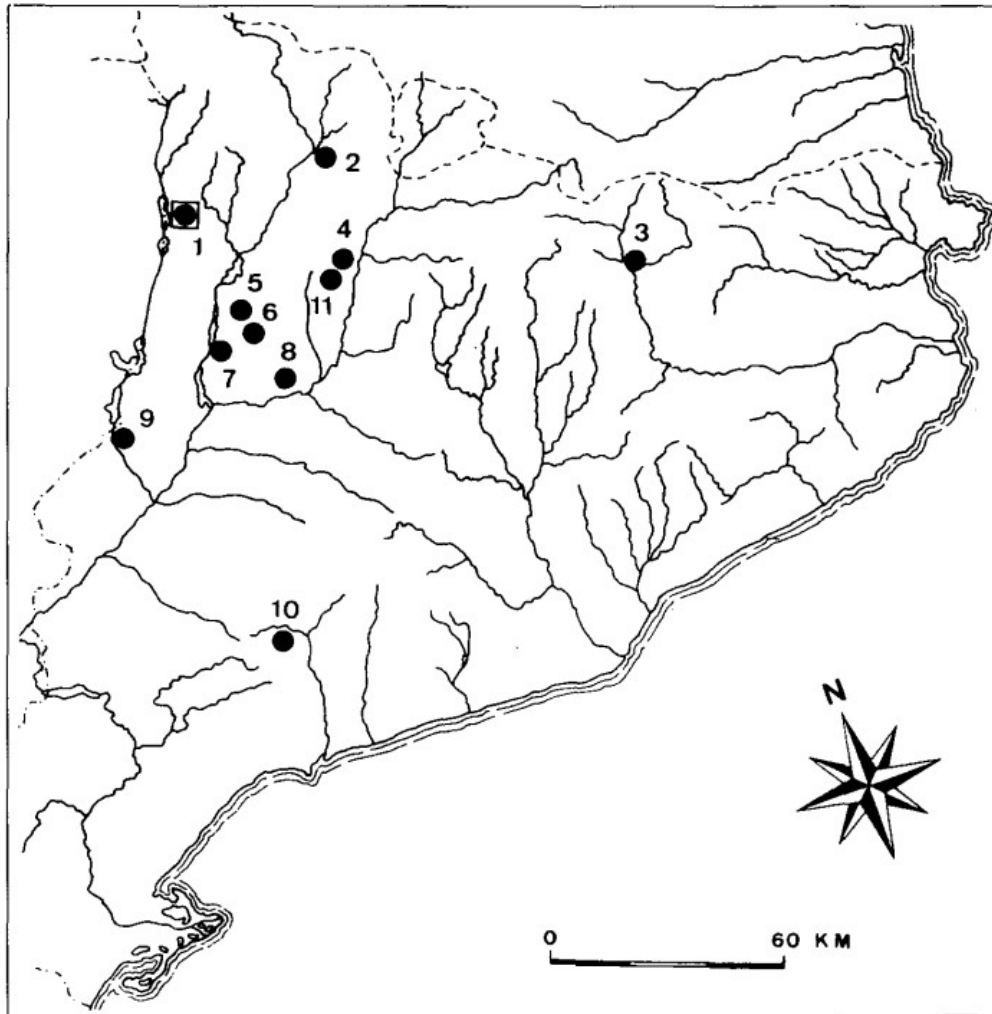


Figura 1. Mapa de distribución de los depósitos de objetos del bronce del Bronce Medio Avanzado/Bronce Final en Cataluña. 1. Sant Aleix (Beguda d'Alons, Viu de Llevata, Pallars Jussà). 2. Llavorsí (Pallars Sobirà) 3. Pla d'en Pere (Ripoll, Ripollès). 4. Cabó (Alt Urgell). 5. Aranís (Conca de Tremp). 6. Toló (Sant Salvador de Toló, Pallars Jussà). 7. Cova de Murisecs (Limiana, Pallars Jussà). 8. Bòfia de Picalts (Lluçcars, Vilanova de Meià, La Noguera). 9. Serra de Monderes (Huesca). 10. Cova de Font Major (L'Espluga de Francolí, Conca de Barberà). 11. Forat del Roni (Serra de Sant Joan, Alt Urgell). (Rovira i Port y Casanovas i Romeu 1993, 70).

Todos los depósitos excepto el de Ripoll se colocan en zonas de comunicación naturales entre las costas meso-meridionales de Cataluña y los pasos pirenaicos. Entonces, no es extraño que coincida con el flujo principal de la corriente de influencias y relaciones de gentes que vienen hacia el interior de Cataluña y el Ebro desde la costa catalana. Esta vía fue por la que llegaron las influencias de tipo Campos de Urnas y como el camino más fácil y rápido para introducirse hacia el interior desde la zona litoral y prelitoral de Cataluña. Eran caminos para dirigirse a zonas agrícolas más ricas del Ebro y sus afluentes como el Segre, así como para encaminarse hacia las sierras pre-pirenaicas y los pasos pirenaicos de mayor facilidad de acceso y comunicación.

Vemos como los depósitos coinciden con estos puntos, de modo que es sencillo de comprender si sabemos que durante el Bronce Final se estaba dando el proceso de repoblación de este territorio, pero de forma contraria a como se hizo con anterioridad, es decir, de sur a norte siguiendo los cursos fluviales de las zonas interiores y pre-pirenaicas.

El noreste peninsular es normal que comunicase las zonas costeras de Cataluña con la vertiente atlántica a través de la Depresión del Ebro y el pre-Pirineo ilderdense. La zona del Valle del Garona, donde se encuentra Sant Aleix, se empleaba ya desde el Bronce Antiguo y Medio de norte a sur, mientras que durante el Bronce Final se empleaba en ambas direcciones con preponderancia en el curso de sur a norte; todo ello por la eclosión de los grupos del Bronce Medio/Final en la Cuenca del Ebro.

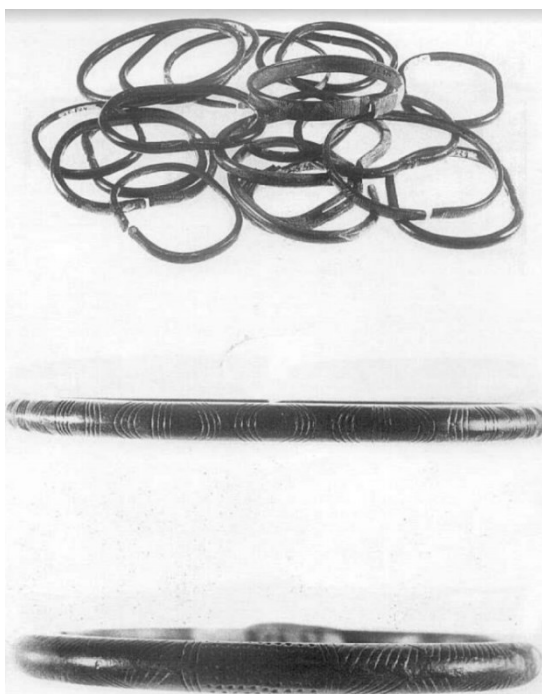


Figura 2. 1. Conjunto de brazaletes del depósito de Sant Aleix. 2. Detalle de la decoración del brazaletes núm. 25.513.3. Detalle de la decoración del brazaletes núm. 25.528. (Rovira i Port y Casanovas i Romeu 1993, 79)

De este modo, la llegada de los brazaletes del depósito de Sant Aleix se produjo probablemente desde las zonas alpinas a través de uno de los pasos de los Pirineos Orientales para seguir por los corredores litoral y prelitoral y buscar los pasos hacia el interior a las cuencas del Montblanc y de Odena/Igualada.

La fecha del depósito se ubica en el s. IX ANE teniendo en cuenta su tipología y su unidad morfológica y decorativa. Su interés radica sobre todo en la información que aporta sobre el comercio a largas distancias y a través de las rutas entre los Alpes, Cataluña y las

zonas atlánticas, transportando elementos metálicos suntuarios que abastecerían zonas alejadas de los centros productores.

En conclusión, Sant Aleix responde a modelos de talleres alpinos y peri-alpinos que estaban destinados a la distribución, de modo que no pudo pasar mucho tiempo entre su fabricación y posterior ocultación. Este ejemplo es clave para entender el panorama de interacciones que existían durante el Bronce Final en el noreste peninsular y más concretamente en la zona de Cataluña, de forma que para tratar los contactos en otros territorios cabe hacer referencia al yacimiento de los Cascajos (Alonso Fernández y Jiménez Echevarría, 2009) en La Rioja.

2.1.2 Depósito de los Cascajos (Grañón, La Rioja).

El artículo sobre este yacimiento parte del estudio de Alonso y Jiménez (2009), tomando ideas de distintos autores como Ruiz-Gálvez (1995, 1998), Meijide (1988), Kristiansen (2001), Almagro Basch (1940) o Almagro Gorbea (1976, 1997).

Se trata de un depósito de armas (Alonso y Jiménez 2009, 7) en Grañón con una antigüedad de entre el 1200 y el año 100 ANE, estando configurado por varios hallazgos que comenzaron a encontrarse hace más de cuarenta años y con uno último hace más de diez. El primer hallazgo fue fortuito durante unas tareas agrícolas, encontrando un depósito metálico en forma de enrejado, con un peso de unos 50 kg., vendido como chatarra. Según los que pudieron verlo estaban compuestos por espadas, lanzas, yelmos, escudos, fíbulas y placas de cinturón, aunque en la actualidad se han recuperado sólo 18 piezas de las cuales 3 están completas.

El depósito se ubicaba en el sureste de una amplia loma a 670 metros de altitud sobre el nivel del mar, entre los municipios de Grañón, Santo Domingo de la Calzada y Corporales. Es un emplazamiento que cuenta con unas buenas vistas del río Oja, del que se aleja dos kilómetros y medio de su margen izquierda. En este ámbito encontramos el poblado de Cascajos, de carácter ganadero y seminómada que se enmarca entre el Cobre Tardío/Final y la Edad del Bronce. Se trata de una zona con vías pecuarias y para el pastoreo que se emplearon hasta la Edad Media, a lo que se debe sumar su unión con la calzada de Asturica a Caesaraugusta en época romana. Coincide del mismo modo con la vía Monasterio de Rodilla a Nájera, así como un tramo del Camino de Santiago, de modo que es un importante lugar de paso, siendo un corredor natural, una ruta ganadera y comercial desde la Prehistoria hasta la actualidad.

Este hallazgo parece una excepción con respecto a otros encontrados, ya que en origen contaba con un peso mayor del que se conserva en la actualidad, estando provisto de varios tipos de armamento y superando la media de los cinco elementos con los que cuentan la mayoría de los depósitos del Bronce Atlántico. Sin embargo, en este caso, también se cree que el hallazgo pudo contener elementos de adorno como fíbulas y placas de cinturón, de forma que entonces sí se mantendría en unas cifras medias con respecto a los depósitos que contienen varios tipos de objetos que no se limitan únicamente a las armas. Además, es excepcional que en un solo depósito aparezca más de una espada ya que, de hecho, el porcentaje de espadas en los depósitos peninsulares es menor al 10%.

En cuanto a su origen, como se ha comentado anteriormente, existen diversos centros de producción en zonas centroeuropeas de más allá de los Pirineos, aunque hasta el descubrimiento del depósito de Grañón no se creía en la llegada de objetos foráneos armamentísticos a la Península Ibérica. Nos encontramos entonces con tipos pertenecientes a las islas británicas y a la fachada atlántica francesa, como la empuñadura Erbenheim (pieza nº 18) que es de tipo británico, idéntica a una espada encontrada en el río Lea en el Valle del Támesis. Son las empuñaduras las indicadoras de esta influencia atlántica, tanto por la tipología como por la decoración, de modo que es innegable su procedencia, aunque en muchos casos los depósitos y objetos metálicos pueden contar con características y rasgos locales.



Figura 3. Depósito de armas de «Los Cascajos», Grañón (La Rioja). (Alonso y Jiménez 2009, 8)

Esto nos indica la existencia de un centro de producción anglo-galo, el cual se fue extendiendo debido al impulso de la aleación del bronce y el influjo de objetos metálicos en la fase tardía del fenómeno de Campos de Urnas. Entonces, se distribuían objetos metálicos destinados a las élites como calderos y espadas, que podían ser transportados a través del comercio a larga distancia entre jefaturas de la misma región. Por otra parte sin embargo, nos encontramos con otro tipo de comercio a corta distancia y protagonizado por variados objetos de metal, los cuales circulaban por redes a lo largo de la Europa Atlántica y Central. La Península Ibérica sería un punto importante en estas rutas, donde se deben sumar las propias vías peninsulares como la meseteña, ubicada entre el Ebro y el Tajo y en la que se circunscribe el depósito de los Cascajos.

En cuanto al significado del depósito y volviendo un poco a esa cuestión territorial que he comentado con anterioridad, el depósito de Grañón se encuentra en un cruce natural de caminos y un lugar muy concurrido desde la Prehistoria. Estas zonas se vinculan con el ideal del *axis mundi*, es decir, una especie de punto que representa el tránsito de un mundo a otro, de modo que cuenta con una importante carga simbólica. Se trata de un territorio parecido al del Beratón y Covalada o Peñaparda, siendo conjuntos que reivindican el control de un punto por parte de unas élites, favoreciendo el comercio. De este modo es un espacio con una función tanto práctica como simbólica. Sin embargo, el mal estado en el que se encuentran las piezas indica que el depósito ha sido sometido a altas fuentes de calor, de forma que se interpreta que podría ser de un chatarrero o un comerciante, e incluso la posesión personal de un difunto de alto rango. Del mismo modo, la espada es un elemento con una gran carga simbólica, así que es extraño que perteneciera a un chatarrero; así que, tanto por la distribución en la que aparecen las piezas, como las marcas de combustión y ceniza que presenta, parecen indicar que fueron utilizadas para algún tipo de acción ritual (Alonso y Jiménez 2009, 36).

2.2. Mundo funerario

La muerte desde épocas muy antiguas ha sido considerada como un paso de los difuntos hacia el mundo del Más Allá (Faro 2015, 31-34), de modo que esto implica la existencia de una serie de rituales como el velatorio del cadáver, su exposición, la construcción de la tumba, el sacrificio de animales y el banquete funerario. Su estudio es esencial para analizar los aspectos religiosos de las comunidades del Bronce Final, pero también aporta información sobre aspectos culturales, económicos, cronológicos o socio-políticos de estas sociedades.

Nos encontramos como la mayoría de los poblados se construyen en lugares con cierta elevación para tener una mejor visibilidad de las necrópolis, a lo que se suma su cercanía con los ríos. Esa aproximación a cursos de agua permanentes se da en la mayoría de ámbitos funerarios, lo cual se liga con la idea del agua como elemento mítico de paso hacia el Más Allá. También se apunta a la posibilidad de la existencia de ritos de paso donde al agua tendría un gran protagonismo.

Aproximadamente hacia mediados del siglo XII ANE se implantó en Francia, Italia y la Península Ibérica la costumbre de quemar los cadáveres e introducir las cenizas en una urna que sería depositada en un hoyo. Es el horizonte de los Campos de urnas, cuya expansión coincide con las primeras evidencias de influjos coloniales mediterráneos que llegarían a través de la vía del Ebro, siendo unas influencias que se consolidarán y perdurarán hasta el siglo V ANE, asociadas al desarrollo de las técnicas metalúrgicas del hierro y el torno alfarero.

Sin embargo y como se ha nombrado en el apartado de antecedentes, existe un gran debate sobre la instauración del ritual de cremación y las necrópolis de incineración, sin llegar a unas conclusiones aceptadas por todos los autores. En esta dirección mi objetivo es el de establecer una serie de características para el NE peninsular acerca del mundo funerario, fundamentadas en uno de los artículos de López Cachero (2008, 139-171), que toma teorías e investigaciones de otros estudiosos sobre el tema como Vilaseca (1943, 1947, 1956, 1963), Sanmartí (1982, 1993, 2000), Rafel (1989, 1991, 1995, 2003), Ruiz Zapatero (1984, 1985, 2001) o Royo (1984, 1987, 1990, 1994-96) y emplea estudios propios anteriores (2005 y 2006).

2.2.1 Continuidad y cambios durante el Bronce Final.

Asistimos a algunas prácticas que perduran en el tiempo (dependiendo del territorio del que hablemos), hasta incluso la propia Edad del Hierro (López Cachero 2008, 141), como las tumbas en cistas, enterramientos en cuevas, reutilización de silos, formas hipogéicas, etc.

Se habla de ritos de incineración desde el Neolítico como ya se ha nombrado con anterioridad, pero hay que desvincularlos de los que se dan durante el Bronce Final. Para esta etapa se han propuesto unos inicios bastante antiguos, en torno al siglo XIII ANE, aunque algunas evidencias como los Castelletts de Mequinzenza, Can Piteu-Can Roqueta (López Cachero 2005) entre otras, ponen este rito en el cambio de milenio. Sin embargo, antes se deben mencionar los enterramientos en cistas y en cuevas que nos encontraremos junto a los ajuares y las cerámicas acanaladas del final del Bronce, sobre todo en zonas de Cataluña como el Roc

Mirador de St. Martí de Llèmana en Girona, el macizo de Prades (Tarragona) con la Cova N de Arbolí o el Cementiri dels Moros en St. Aniol en Finestres. Lo más factible es que se tratara de pervivencias de prácticas de inhumación con ajuares de la época.

También encontraremos zonas como la ya citada de los Castelletes de Mequinenza, donde se puede comprobar la continuidad por la existencia de ritos funerarios mixtos (coexistencia de inhumación e incineración), destacando por último las cuevas donde aparecen restos de incineración, con la presencia de cerámicas acanaladas como ocurre en las cuevas de Pau en Serinyà. También habrá inhumaciones en asentamientos como Zafranales en Fraga del Bronce Final II.

Así mismo, se plantea una paulatina aceptación del rito de incineración (López Cachero 2008, 144) que se dará de forma rápida durante unos tres siglos hasta que se imponga el modelo de necrópolis. Hasta ese momento conviven con ritos mixtos. También es propicio desligar el fenómeno de la incineración de las cerámicas acanaladas, ya que sólo sirve para causar confusión, de modo que lo que se necesitan son fechas radiocarbónicas calibradas para poder comparar este fenómeno con otros territorios como el sureste de Francia.

Se habla de cierta dualidad entre los territorios del interior (Segre-Cinca y Bajo Aragón) y los costeros del prelitoral y litoral catalán, donde existen diferentes formas de poblamiento. También encontramos esa dualidad en las necrópolis, las tumulares y las de tumbas planas o auténticos campos de urnas, que pertenecen respectivamente a la primera y segunda zona. En los cincuenta algunos autores propusieron un modelo donde se relacionaban los ritos funerarios con la economía, de modo que las zonas altas tendrían un modelo ganadero y constituirían necrópolis tumulares. Por otra parte, los territorios bajos presentarían un modelo agrícola y por tanto esas necrópolis planas. Otros autores negaron estas teorías y hablaron de relaciones directas de los grupos tumulares con los incineradores, lo que provocó un gran debate entre ambos grupos en la década de los setenta.

A partir de distintas investigaciones se estableció una hipótesis que tuvo éxito, hablando de una tradición tumular que vendría del Neolítico y que tendría continuidad durante todo el Bronce desembocando en necrópolis tumulares de incineración al final del periodo. Una última aportación vino de la mano de López y Pons (1995), abogando por un modelo autoctonista tumular que vendría de esa tradición neolítica de la zona del Segre-Cinca, difundiéndose en sentido sur-norte y oeste-este, todo ello gracias a comunidades pastoras que practicaban la trashumancia hacia los Pirineos y la zona del Ampurdán.

2.2.2. Necrópolis de incineración y arquitectura tumular.

En este apartado se hace necesario hablar de una serie de temas para entender cómo se realizaba el rito funerario y como eran los enterramientos, así como de otros aspectos relacionados como la morfología de las tumbas y el debate sobre ello, las necrópolis y las diferencias regionales que podemos encontrarnos en los ámbitos funerarios del territorio que estamos tratando.

Hacia el 1000 ANE comienzan a difundirse con fuerza la incineración y la costumbre de realizar necrópolis (López Cachero 2008, 148). Esto no va de la mano de un proceso de homogeneización, ya que la cremación se vinculó con los modelos tradicionales ya existentes en esos territorios.

Es complicado fijar cómo eran los ritos funerarios, pero se cree que la mayoría serían enterramientos en los que se quemaría el cadáver en una zona distinta a la de la tumba, como en piras apartadas. Sin embargo, también existen enterramientos en los que la incineración se practicaría en el mismo punto donde estaría la tumba.

Además, no se detectan diferencias de género o de edad en dichos enterramientos, destacando la poca aparición de restos infantiles, lo que no concuerda con una sociedad que tendría gran natalidad y mortalidad infantil (López Cachero 2005 y 2006).

Una vez quemado el cuerpo los restos se recogían y se colocaban en la urna funeraria, ocurriendo lo mismo con el ajuar, aunque éste podía ponerse fuera de la misma. También aparecen tumbas sin cenizas, lo cual lleva a pensar en la existencia de cenotafios, aunque es probable que sufrieran expolios o se alterase de algún otro modo.

Las tumbas solían estar cubiertas por un túmulo, cuyas formas pueden ser variables, dependiendo de la evolución del rito funerario, ya que en el Segre-Cinca los encontramos rectangulares y de mayor monumentalidad. Tienen orientación este-oeste, seguramente debido a un rito religioso del culto al sol. El modelo circular del túmulo es más antiguo que el rectangular, pero eso no implica la sustitución de una forma arquitectónica por otra. Se pueden construir de diferentes formas: con piedras planas y recubiertas de más rocas y tierra o también con piedras clavadas y con sistemas más complejos para recubrirlos. También pueden contar con estructuras anexas y enterramientos secundarios asociados como en Roques de Sant Formatge, e incluso adosadas al mismo túmulo como en el caso de los

Castelletts II. Esto lleva a hablar de vínculos familiares, o incluso situaciones de dependencia social entre difuntos.

Los túmulos se señalizaban con estelas, piedras de mayor tamaño o más cuidadas en su morfología, aunque también es notable la presencia de cipos, con formas más estilizadas que representarían a la figura humana como en el caso de Castelletts II. Otros autores hablan de que estos marcadores se podrían realizar con materiales perecederos como madera.

En cuanto a las tumbas, suelen ser individuales, pero también las podemos encontrar dobles, triples, etc., con diferentes disposiciones en su interior que pueden indicar relaciones de parentesco.

Es posible que nos encontremos con tumbas que no tengan estructuras tumulares por el hecho de que esas estructuras han sido eliminadas por procesos como la erosión. Además, debemos tener en cuenta que pudieron existir construcciones con otros materiales de carácter perecedero como madera o adobe,

Hoy en día el modelo que habla de dualidad se ha descartado, ya que por ejemplo en la zona del Segre-Cinca nos encontramos con una mayoría de necrópolis tumulares, pero también en aquellas que presentan un tipo ligado a los Campos de Urnas, de modo que no hay una diferenciación estricta. Además podemos encontrarnos con la convivencia conjunta de tumbas planas y tumulares en una misma necrópolis como El Molar. A esto se debe sumar que las características arquitectónicas de las tumbas tampoco son homogéneas, con diferencias regionales pero también distinciones dentro de una misma necrópolis. Del mismo modo, vemos como la cronología presenta un problema, ya que se pensaba que las de tumbas planas eran anteriores a las tumulares, lo cual se ha descartado, de forma que se plantea incluso una contemporaneidad de ambos modelos.

Una vez tratado el tema de las tumbas y la discusión entre planas y tumulares, cabe volver a las necrópolis como tal. Solían estar cerca del poblado, a unos 100-500 metros y con una altitud menor para permitir su vigilancia desde el asentamiento, estableciéndose en laderas o espacios de difícil explotación agrícola como ocurre en el Bajo Segre. Sin embargo, el estudio de estos fenómenos es complejo, ya que se han dado pocas excavaciones de los lugares de hábitat, pero también por los niveles de destrucción y de ocupación posterior por parte de grupos ibéricos. Se dan desfases cronológicos entre el poblado y la necrópolis, pudiendo extenderse desde el Bronce Final a la Primera Edad del Hierro o limitarse a uno u otro periodo. Esto suele indicar fases de despoblamiento o desarrollo de las sociedades.

Nos encontramos del mismo modo con necrópolis de distintas densidades, lo cual puede deberse a cierta jerarquía social que no permite a todos acceder al ritual funerario o que fuesen espacios exclusivos para un grupo familiar como se ha planteado para el Coll del Moro. Sin embargo, hay zonas donde las pocas excavaciones o las fases de destrucción no han permitido extraer gran cantidad de información sobre la demografía.

Entonces, cabe mencionar las diferencias regionales que nos podemos encontrar. Primero, en el Bajo Aragón suelen darse túmulos circulares denominados de cista excéntrica, marcados con piedras que pueden ir desde los 2 a los 6 metros de diámetro, aunque la media es de 4-5 metros. Algunos cuentan con círculos concéntricos en su interior como ocurre en El Cap de la Font d'en Figuera, teniendo además una gran altura que puede llegar al metro.

En la zona del Segre-Cinca se utilizaban los túmulos planos, realizados con una única hilera de piedras, de forma que levantan muy pocos centímetros del suelo y cuentan con un diámetro similar a los del Bajo Aragón.

En cuanto al Pirineo Central encontramos modelos similares al Segre-Cinca, pero con mayores diámetros que pueden llegar a los 10 metros como el caso de Le Lablet. También cuentan con círculos concéntricos y no presentan entradas enlosadas. Otra característica con respecto a su evolución es que durante el comienzo del Hierro se comienzan a construir túmulos cuadrangulares, como ocurre en las necrópolis de Ayer y Castéra.

El Ampurdán es un caso excepcional, con estructuras tumulares poco definidas pero con elementos parecidos a los de los Pirineos Centrales y la zona del Segre-Cinca, con tumbas planas de poco diámetro y enlosados de piedra para sellar las entradas.

En la zona del litoral también son relevantes las tumbas silo, subterráneas y cubiertas con acumulaciones de rocas o con cubiertas de materiales perecederos. Son de planta circular y cuentan con un hueco para el silo, con perfil troncocónico y cuello cilíndrico como en Le Moulin y Pradines.

El último territorio es el de las comarcas meridionales de Barcelona y las del norte de Tarragona (López Cachero 2008, 159). Destaca la poca información del Penedés, que puede deberse a un despoblamiento prolongado (aunque es poco probable) o a un modelo de hábitat diferente del observado en zonas cercanas como el Vallés. Las zonas funerarias y necrópolis se encuentran muy cercanas al Ebro y el Francolí, con modelos parecidos a los del Segre-Cinca (como losetas líticas como tapaderas o urnas cinerarias). Sin embargo, la poca información no permite esclarecer cómo fue la transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro de forma clara.

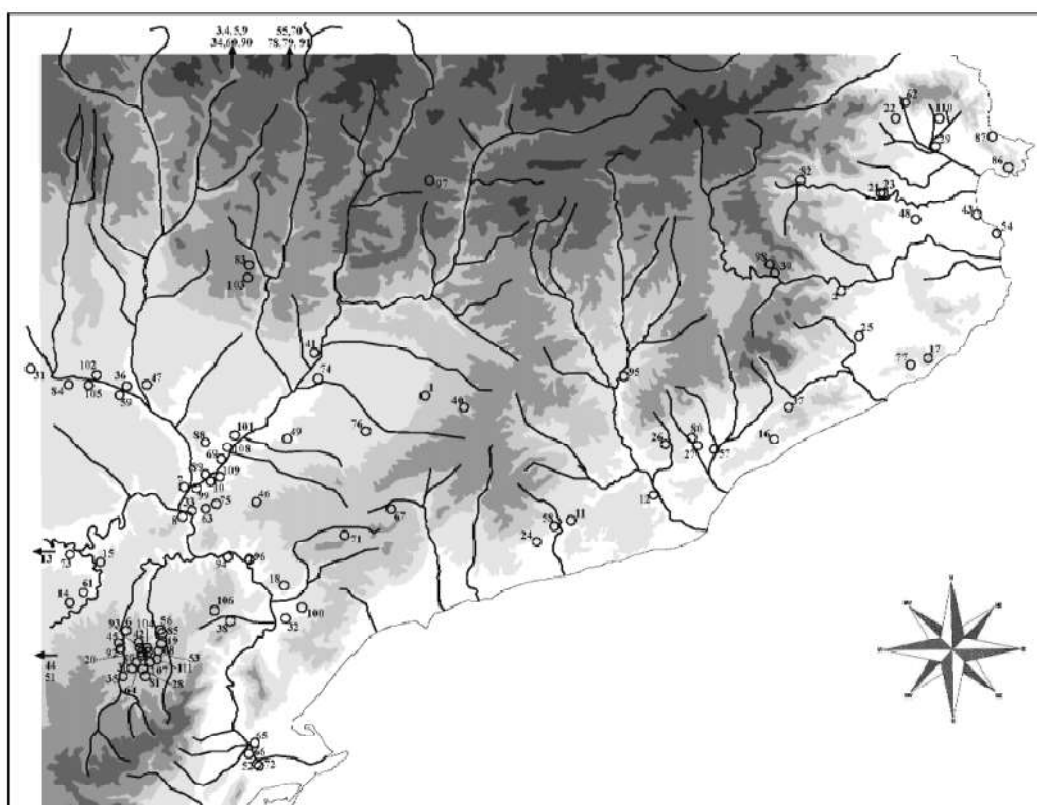


Figura 4. Mapa con situación de las necrópolis del noreste peninsular: Bronce Final y Hierro I (López Cachero 2008, 160)

Nos podemos encontrar con tumbas que tienen morfologías excepcionales que comienzan a imponerse durante esta época, como túmulos cuadrangulares que son propios de la Primera Edad del Hierro, fechados por superposición, aunque hay algunos que ya aparecen en el Bronce Final como el de El Coll del Moro. En definitiva, durante el Bronce Final observamos unas necrópolis más homogéneas a pesar de las diferencias regionales, con tumbas planas y tumulares, túmulos circulares, dimensiones variables y ajuares pobres en general y poco diferenciados.

2.3 Estelas

Las estelas son monumentos, normalmente monolíticos y pétreos, que cuentan con inscripciones como imágenes de artefactos, como armas y adornos, figuras antropomorfas y en algunos casos zoomorfas (Costa Caramé 2013, 76). Tienen forma de lápida, cipo o pedestal, aunque su significado aún hoy es motivo de debate, pudiéndose hablar de funciones conmemorativas, funerarias, religiosas, geográficas, etc. Han suscitado interés en los investigadores, pero también en ámbitos no académicos, ya que forman parte de la memoria colectiva de comunidades muy diversas (Díaz-Guardamino 2010, 17).

En todo el territorio peninsular podemos encontrarnos con diversos tipos de estelas (Jiménez Pasalodos 2012), siendo un indicador importante de los contactos con el mundo mediterráneo. Se ubican esencialmente en el suroeste de la Península Ibérica, concentradas en las provincias de Córdoba, Sevilla y Badajoz. Su cronología se extiende desde el Bronce Final hasta el Periodo Orientalizante (XII-VII ANE), de modo que su uso y simbología pudo adquirir distintos matices según los contextos socioculturales del momento, pudiendo ser reutilizadas (Costa Caramé 2013, 76-77). La información que nos aportan, junto con los depósitos de armas y los hallazgos de tesoros ha sido utilizada para reconstruir la organización social del Bronce Final. Normalmente sobre las estelas se grabaron representaciones de artefactos, carros, armas y adornos como espejos, peines fíbulas, arcos, escudos o espadas, figuras antropomorfas (guerreros) y en ocasiones zoomorfas, así como instrumentos musicales que son grandes indicadores de esas interacciones con el Mediterráneo Oriental.

Su funcionalidad es todavía hoy un objeto de debate, sin existir un acuerdo entre los investigadores. Se las puede considerar como monumentos funerarios debido a su morfología y los motivos representados, aunque no se asocian de forma directa con monumentos de carácter funerario. Otra interpretación sería la de las estelas como marcadores territoriales, ubicadas en puntos de paso o vías ganaderas, lo cual iría ligado al funcionamiento que también se da a los depósitos metálicos como los ya citados. De esta forma, las estelas se podrían introducir dentro de la tradición de monumentos megalíticos de la Península Ibérica, con esa función de organización territorial. Sin embargo, actualmente hay pocos trabajos de investigación sobre este aspecto, así como aplicaciones de análisis espaciales a su distribución por medio de sistemas de información geográfica (ídem, 91-93).

La mayoría de las estelas se encuentran a una distancia lineal superior a 3 km de los asentamientos del Bronce Final más próximos, de modo que no se asocian a los poblados.

Podrían estar vinculadas con los principales ríos, además de a las rutas de comunicación cercanas.

Dentro de este contexto, la estela de Luna es problemática, ya que aparece en el Valle del Ebro, alejada del resto que se concentran sobre todo en el suroeste de Extremadura, pero también porque presenta una composición singular. Un escudo y una lira son los únicos protagonistas de la escena. Se trata de una lira de base redonda que cuenta con un gran número de cuerdas (de nueve a quince dependiendo de cómo contemos) y que presenta una decoración en zigzag. Ha llamado la atención a los investigadores, aunque se ha llegado a negar que el elemento representado sea realmente una lira. Sin embargo, para entender mejor el significado de la escena debemos considerar el conjunto de liras como un todo y no fijarnos únicamente en una descripción concreta sobre el instrumento. Si aplicamos estos principios habrá una mayor posibilidad de obtener información sobre su función y posible origen.

Analizando las iconografías, los investigadores han llegado a distintas teorías que hablan sobre los primeros contactos regulares con el Mediterráneo Oriental. Por una parte se sostiene la idea de vínculos micénicos, lo cual se basa en muy pocos hallazgos que no puede proveer suficientes evidencias que esclarezcan la cuestión. Estos comerciantes del este es posible que abriesen una vía en la Península Ibérica que permitió la posterior colonización fenicia de forma rápida. Éstos últimos habrían introducido elementos mediterráneos como las liras, aunque el problema de esta teoría es que en otras zonas como Chipre y Anatolia no aparecen hasta cronologías más tardías.

Sin embargo, la literatura más reciente se apoya en la idea de que estas estelas que muestran objetos mediterráneos son de los siglos IX y VIII ANE. Se cree que los rituales locales convivieron con los fenicios durante esta centuria y después desaparecieron, siendo sustituidos por prácticas rituales semíticas. Entonces, los comerciantes fenicios habrían introducido la lira, que fue adoptada por la población indígena. Sin embargo, la idea de que estos grupos llevaran liras de base redonda y no orientales de base plana crea ciertos problemas y controversias.

En muchas ocasiones se liga a las liras de base redonda con el mundo griego, con antecedentes en el mundo micénico y minoico. Estas interpretaciones del siglo VIII pueden indicar la expansión de estos instrumentos también hacia el este, de modo que las liras que aparecen en el ámbito peninsular pueden ser indicadores de la asimilación de esta práctica

musical en el Mediterráneo Oriental durante el siglo VIII ANE. En este último contexto las liras tendrían iconografías distintas y aparecen en situaciones de banquetes y ofrendas. Además, se acompañarán con otros instrumentos de origen levantino como timbales, mientras que en mundo griego la lira es tocada a solas.

Así mismo, cabe hablar de la interpretación de estas liras. Algunos investigadores se apoyan en la idea de que su aparición supone la presencia de música y poesía similares a las descritas en la Odisea. Se dice que los fenicios podrían haber traído a la Península Ibérica las *phorminx* o liras homéricas, e incluso a los propios músicos helenos, pero es complicado asumir que trajeron estos elementos junto a sus prácticas rituales propias. Es complejo afirmar que estas poblaciones orientales tuviesen tal contacto con la cultura griega, a lo que se suma que los cantos homéricos eran recitados en griego.

Entonces, es más simple explicar las representaciones de liras con la transmisión del banquete fenicio, con instrumentos de siete cuerdas acompañadas de poesía y junto con la introducción de prácticas rituales levantinas. A esto se suma la idea de que las poblaciones indígenas contarían con una tradición similar a la homérica, de modo que cuando llegó la lira se percataron de lo práctica que era para acompañar a su poesía. Además, también es peligroso asociar la idea de que una práctica desarrollada se vincula con la existencia de sociedades igualmente desarrolladas (Jiménez Pasalodos 2012, 220).

De esta forma, la presencia de liras en estas representaciones nos ayuda a obtener más información sobre los colonizadores que sobre las prácticas musicales de estos grupos indígenas precoloniales. Así mismo, la aparición de liras en las estelas como la de Luna nos indicaría la importancia de estos instrumentos como objetos de prestigio, siendo símbolos de estatus. Podrían haber llegado junto a rituales semíticos y sustituir a los indígenas anteriores. Sin embargo, la adopción de éstos tampoco es algo que se pueda asegurar, ya que la introducción de instrumentos musicales no implica necesariamente la transmisión de los ritos simbólicos de una cultura a otra.

A pesar de esto, la aparición de liras en estelas masculinas y su adopción como elementos de prestigio sí pueden indicar la toma parcial de algunos conceptos simbólicos. El intérprete puede que no fuera un mero bardo pagado por las élites, ya que podría ser un importante personaje religioso que tocara un instrumento "divinizado". Estas interpretaciones indican un significado religioso, de modo que parece asumir que las estelas son monumentos funerarios. Se asume esa condición pero el registro arqueológico no termina de contrastarla

puesto que, aunque se conocen más de un centenar de estelas, la gran mayoría proceden de contextos indefinidos, no funerarios, de ahí que algunos autores vean en ellas monumentos relacionados con fenómenos de heroización y/o marcadores territoriales.

Además, la representación de liras en estelas de guerreros pero la inexistencia de intérpretes de estos instrumentos puede indicar que eran estos combatientes los que las tocaban por ellos mismos, siendo un rito que los acompañaba en la muerte. Entonces, las teorías más recientes indican que estas comunidades ibéricas podrían incluirse dentro del ámbito mediterráneo del Bronce Final, con conceptos simbólicos y religiosos comunes con otras sociedades pero manteniendo algunos aspectos locales propios. Lo más significativo sería hablar de que estos poblados indígenas compartirían conceptos culturales con los colonizadores, lo que acabaría dando lugar al reemplazo de las tradiciones locales.



Figura 5. Estela de Luna. (Museo de Zaragoza) (Jiménez Pasalodos 2012, 225)

3. PRIMERA EDAD DEL HIERRO (800-500 ANE)

Este periodo supone un salto de calidad y cantidad en las transformaciones sociales que ya comienzan a hacerse patentes durante el Bronce Final. Los cambios se desarrollan y se plasman, con nuevas tecnologías, cultivos, una mayor demografía y un aumento en las diferencias sociales, así como una mayor presencia del fenómeno colonial fenicio y griego.

3.1. Artefactos metálicos

Comenzando con el análisis y el estudio de los metales de la Edad del Hierro, cabe hacer referencia al que posiblemente ha originado más bibliografía y teorías por parte de los investigadores, el ajuar de Les Ferreres de Calaceite (Teruel). Concretamente, cabe hacer mención al soporte que contiene, siendo la pieza clave del hallazgo que, a continuación analizaré a partir del artículo de Armada y Rovira (2011), los cuales hacen referencia a otros autores como Cook (1914, 1968), Cabré (1942), Moret (2006), Almagro-Gorbea (1997), Maluquer (1977-78), Lucas (1882), Almagro Basch (1989) y Rafel (2005) entre otros. Por tanto, esta pieza es un elemento que cuenta con unos 35 cm de altura, formada por dos platos cónicos de aros calados tanto en la base como en su parte superior, unidos con una columna que se apoya sobre la figura de un caballo que se posa en uno de los aros. La decoración está realizada a partir de trenzados y signos en forma de espiga.

Se halló de forma accidental en 1903 (Cabré 1942), encontrándose también un peto de bronce y otra serie de útiles. Se trata de una tumba, de modo que a todos los utensilios y artefactos encontrados se les da una interpretación funeraria. Aparecen elementos metálicos de prestigio ligados a la guerra y a los banquetes como un *simpulum*, objetos defensivos (grebas), una coraza, el soporte, dos espadas y un recipiente con asas. También podría contener vasos cerámicos de carácter ceremonial y, no cabe descartar la posibilidad de que se haya perdido algún objeto debido a la naturaleza fortuita de su hallazgo.

En cuanto a la coraza, se encuentra en mal estado pero en ella destaca la decoración fundamentada en tres discos, dando paralelos muy escasos pero que los autores vinculan con modelos centroeuropeos, peninsulares y mediterráneos. Temporalmente suele ubicarse entre la segunda mitad del siglo VI y el V ANE.

Las espadas por otra parte son difícilmente identificables debido a su conservación, pero debían tener la hoja plana y una empuñadura de lengüeta plana, con paralelos en zonas

como Solivella, Mianes y Can Canyís. También cabe mencionar las grebas o elementos defensivos, que no cuentan con un análisis tan exhaustivo.

El vaso con asas indica un paralelo de tipo etrusco. Se vincula con un recipiente de ónfalo y asas móviles de Monteleone do Spoleto, fechado sobre el siglo VI ANE y fabricado en Italia Central.

En cuanto al *simpulum*, otros encontrados se vinculan con contextos funerarios y con tumbas que contengan armas y elementos de comercio mediterráneo, datados todos ellos en el siglo VI ANE. Su paralelo más próximo lo encontramos en el hallazgo de Couffoulens, que también contaba con un *simpulum*.

La información que se tiene sobre el conjunto no está clara del todo, ya que según Cook, el pastor que dio con el depósito lo rompió al ver que no era de oro, pero Cabré lo habría visto cuando estaba entero. Se encontró cerca de dos poblados de la Edad del Hierro, donde han aparecido otra serie de restos, de modo que al depósito funerario se le da una cronología indeterminada entre la I Edad del Hierro y el Ibérico Pleno. En ambos poblados situados en el cerro de Les Humbries y en Les Anoguerets se han encontrado otros restos como colgantes zoomorfos, fragmentos de ánfora fenicia, etc. Sería enviado al museo del Louvre donde se darían unos procesos de restauración, pero después de unos años llegaría a España debido a un acuerdo político junto a otras piezas como la Dama de Elche y el tesoro de Guarrazar. En febrero de 1941 llegó a la estación de Atocha y el soporte sería entregado al MAN el 14 de octubre de ese mismo año. Se darán otra serie de montajes, pero para el análisis del soporte nos quedaremos con las interpretaciones de 1985.

Antes, habrá otros análisis como el de Almagro Basch, que defiende el origen céltico de la coraza y el soporte del depósito, vinculándolos con la cultura de Hallstatt en Centroeuropa. Esa filiación céltica y hallstática también es conferida por otros investigadores como Lucas y Maluquer. Por otra parte, se lo ha vinculado con las tradiciones sardochipriotas o precolonial. En cuanto a su cronología, se sitúa la pieza en el siglo VI ANE, pero Almagro Gorbea defiende una cronología más antigua a finales del siglo VIII ANE y mediados del VII. Será Rafel la que defienda también un vínculo con manufacturas sardas y chipriotas, hablando de una cronología más antigua entre los siglos XII-X ANE.

De lo que no cabe duda es de que este soporte es una obra excepcional, pudiéndose comparar solo con otros hallazgos como el de Couffoulens y los fragmentos de Saint-Julien de Pézenas. Se trata de una artesanía especializada, hablando de talleres que se encontrarían

próximos y que cuentan con influencias mediterráneas y continentales. El soporte tiene una cantidad de plomo que se vincula con las lámparas, candelabros y quemadores de perfume etruscos del momento y además se cree que el taller de bronce de Couffoulens y el de Calaceite coincidirían, ya que cuentan con piezas que presentan paralelos (Armada y Rovira 2011).



Figura 6. Soporte de les Ferreres de Calaceite en su estado actual.
Foto: Museo Arqueológico Nacional (Archivo Fotográfico).
(Armada y Rovira 2011, 10).

El conjunto ha sido objeto de debate en cuanto a su cronología, pero tiende a fijarse sobre la mitad del siglo VI ANE, comparándolo con las tumbas de Couffoulens y Pézenas, donde se encuentran los paralelos más cercanos. El hallazgo presenta rasgos típicos de los ámbitos funerarios del noreste peninsular y del territorio del Languedoc, como la introducción de más objetos de bronce y hierro, la aparición de armas y de objetos provenientes del comercio fenicio, etrusco y griego. Serían tumbas pertenecientes a guerreros elevados en la escala social. Es complicado el análisis del depósito funerario debido al tipo de hallazgo, pero se cree que se trataba de una tumba aislada en un territorio donde es posible que existieran más conjuntos metálicos, de ahí el topónimo de Les Ferreres.

Una vez analizados los aspectos formales del depósito, cabe hablar de la significación del mismo. El soporte es la pieza principal del conjunto, que se adscribe a una serie de objetos

mediterráneos que servían como soporte de vasos que contendrían líquidos o perfumes como incienso. Estos recipientes se colocarían en la plataforma superior, de modo que adquirirían cierta altura, lo cual se liga con un significado simbólico.

Este tipo de objetos se relacionan con los bronceos de Chipre y de la zona levantina del siglo XIII ANE y se vinculan con una función de quemador de sustancias aromáticas, ya que las piezas pueden utilizarse por separado y no forman un conjunto. También se liga este tipo de objetos con unos hallazgos en Jatt (Israel) y Kaleburnu (Chipre), con portaofrendas similares y una cronología del siglo XI o inicios del X ANE.³

Independientemente de las diferencias tecnológicas, se dan similitudes, ya que estos portaofrendas normalmente constan de un aro como base sobre el que se sustentan tres patas de cuyo extremo sale una columna que se une con el vaso mediante remaches y que cuenta con una decoración que puede variar. El soporte de Calaceite comparte similitudes con estos, pero en su plataforma superior no se puede quemar sustancias directamente, ya que necesita apoyar un vaso sobre ella, de modo que también se asocia con otros objetos. Así, vemos como integra características de dos tradiciones: de los portaofrendas mediterráneos y de otros soportes de distinta tipología. No solo se vinculan así, sino que también en otros aspectos de carácter técnico como el empleo de la técnica de la cera perdida y el tipo de decoración con trenzados, espirales, zoomorfos, etc. De esta forma, el hallazgo turolense encuentra su pariente más próximo en el soporte de Couffoulens, pero con particularidades como la decoración de espirales. Sin embargo, vamos a ver como estos objetos orientales cuentan con una cronología mucho anterior a la que se establece para el depósito de Calaceite, de modo que crea un intenso debate sobre su origen.

Entonces, se observan dos posibles soluciones como la recuperación de tradiciones antiguas occidentales o la renovación de contactos con el Mediterráneo Central en los siglos VIII y VI ANE. Así mismo, se plantea que estos objetos, tuviesen el origen que fuese, servirían para que algunos grupos se legitimasen en posiciones elevadas del poder. En una vía similar, Kristiansen (2001) plantea que en época de recesión económica, los objetos o elementos de prestigio se mantienen en circulación durante mucho tiempo, de forma que se imitan algunos de sus rasgos en manufacturas locales.

De este modo, la propuesta para Calaceite (Armada y Rovira 2011, 33) es la de la fabricación de estos objetos en talleres del noreste de la Península Ibérica o del sureste de

³ Según Artzy (2007, 95) algunos bronceos de estos depósitos pueden situarse incluso en el siglo XIII ANE, de forma que serían aun más antiguos.

Francia durante la primera mitad del siglo VI ANE. Entonces, cabe analizar también el depósito encontrado en La Clota, también en Calaceite, con una cronología de los siglos VII-VI ANE, con una manufactura peninsular y con paralelos sardochipriotas.

De esta forma, el soporte de Les Ferreres tendría unos significados solares debido a los dos discos que conforman su cúspide y base, vinculándose con otros objetos europeos como el carro de Trundholm. Sin embargo, su interpretación es compleja debido a la poca información de la que disponemos, aunque la aparición de un caballo en el soporte turolense puede vincularse con un elemento de prestigio aristócrata y militar. El resto de objetos como las espadas y el *simpulum* también marcan este carácter guerrero y la existencia de banquetes, viendo como se dan similitudes en los contactos desde Castellón hasta Hérault, con una homogeneización cultural y una gran circulación de ideas (Ruiz Zapatero 2004, 326). Un ejemplo sería el vaso etrusco con asas, siendo un objeto de prestigio escaso en el noreste que se vincula con la redistribución de elementos etruscos a través del comercio fenicio.

Entonces, se puede asociar la llegada al noreste de bronce antiguos del Mediterráneo que serían modelos para fabricar otros como el de La Clota o el de Les Ferreres (Armada y Rovira 2011, 35), de modo que no es difícil que bronce precoloniales fueran traídos por los fenicios en fechas del siglo VIII ANE⁴, dándose imitaciones en áreas muy concretas.

Otra teoría reciente es la que habla de la llegada de producciones del Bronce Final de las Islas Británicas desde el sur de Francia. Sea como fuere, se plantea un modelo basado en la imitación y en la mezcla de tradiciones que se dan debido a las situaciones socioeconómicas del noreste peninsular durante el siglo VI. Son tendencias que se inician en ese final del Bronce y que se consolidan en la Primera Edad del Hierro debido al crecimiento demográfico y la presión sobre los recursos, así como a la consolidación de élites gracias al comercio colonial fenicio. Entonces, para que estas aristocracias se afiancen en el poder necesitan justificarse a partir de la posesión de antigüedades suntuosas, siendo tendencias palpables en el territorio estudiado del Matarraña. Nos encontramos con una red de poblados que tienen la capacidad de acceder a las redes de comercio de importaciones fenicias y donde percibimos la construcción de las denominadas casas-torre, configurando residencias de aristócratas o lugares de culto.

⁴ Sería un fenómeno que se daría poco.

3.2. Economía

Durante la Primera Edad del Hierro surgen los primeros objetos de hierro que se ligan con la economía de bienes de prestigio (López Cachero 2007), apareciendo en mayor cantidad en los ajuares de las tumbas, lo que supondrá una novedad. Encontramos deposiciones de caballos, restos cárnicos y metales destinados a la celebración de banquetes. También vemos un aumento en el porcentaje de armas y elementos defensivos, así como un mayor número de objetos de hierro y bronce, como ornamentos en tumbas reducidas. La excepción sería Can Piteu-Can Roqueta, donde un 70% de los enterramientos contienen objetos metálicos. Asentamientos del Bajo Aragón como San Cristobal de Mazaleón y otros más hacia el interior como el Cabezo de la Cruz entre otros, aparecen bien configurados a partir del 800 ANE, con rasgos típicos de la complejidad urbanística y estructural de los poblados del Hierro, que viene marcado por hallazgos como el soporte de les Ferreres (Rafel 2003) o el trípode de la Clota.

Esta mayor presencia de objetos de hierro se da de forma directa o indirecta por el contacto y los intercambios mediterráneos, que también suponen la introducción de ritos funerarios cada vez más complejos y la realización de banquetes. Algunos territorios como el emporitano se dedican a controlar el comercio con fenicios y griegos, así como zonas del interior como el territorio del Monstía al sur del Ebro (López Cachero 2007). Esos intercambios pueden dar lugar a interacciones culturales, aunque algunos territorios presentan señas de identidad propias. En las zonas del Ebro el material anfórico es el objeto esencial del comercio, pero encontramos otras alternativas como las que se toman en el Ampurdán, donde hay una mayor presencia de intercambios de objetos metálicos elitistas (López Cachero 2006). Otras comunidades en cambio, se centran en el control del comercio costero, actuando como redistribuidores de las mercancías como el vino hacia el interior y la costa.

Este control del comercio supone un marcador del surgimiento de élites que destinaban los productos a los banquetes, ritos funerarios e incluso tráfico dentro del mismo territorio, siendo una forma de mantener las relaciones sociales y comerciales (López Cachero 2005). Aparecen las primeras situaciones de dependencia económica entre una élite emergente y el resto de la comunidad, de modo que cabe destacar la importancia del comercio fenicio y griego en el desarrollo de las sociedades del noreste peninsular. Sin embargo, algunas zonas experimentan cierto desarrollo económico interno, de modo que hay yacimientos como el Puig Roig en Masroig que se dedican a la explotación de la plata del Macis de Padres, con un modelo urbanístico parecido a la de las zonas del Segre-Cinca.

Por otra parte, el registro funerario aún aporta más información sobre el surgimiento de unas élites incipientes como es el caso de la necrópolis de El Calvari, donde aparecen distintos grupos sociales dentro de una misma comunidad: uno con un estatus estable y con enterramientos familiares diferenciados del resto (sin presencia de hierro), y otro que representaría a una élite emergente que contralaba parte o todos los mecanismos económicos de la comunidad (López Cachero 2007).

Sin embargo, el panorama es heterogéneo, ya que se dan distintas respuestas a este modelo colonial marcadas por las diferencias socioeconómicas de cada zona (López Cachero 2007). Además, esas distinciones locales tampoco se producen al mismo tiempo en todos los territorios, ya que en la zona central de la costa tendremos que esperar al siglo VI ANE (López Cachero 2005) para percibir las.

Así mismo, puede que este desarrollo de las sociedades no se dé por el comercio colonial, sino por una evolución interna debido a la segmentación de la comunidad y la competitividad y lucha por los recursos⁵. Esto implicaría el surgimiento de fortalezas como Vilars, que sería la residencia de un caudillo que controlaría la explotación económica, la cría de caballos y que contaría con cierto conocimiento de la siderurgia. En definitiva, vemos como en los territorios de la costa estas diferencias sociales se producen por el control del comercio colonial de unos grupos reducidos, mientras que en el interior el fenómeno de jerarquización se relaciona con el control y gestión de ciertos recursos clave.

A estos puntos anteriores debe sumarse un aspecto importante de los cambios económicos experimentados durante la Edad del Hierro respecto al Bronce Final, probablemente como resultado de tempranos contactos coloniales, la introducción de la vid. Está atestiguado en el centro del Valle del Ebro en el siglo VIII ANE, a partir del 800, en yacimientos como el Cabezo de la Cruz o el Alto de la Cruz de Cortes de Navarra. Es un tema que se ha explorado poco, pero que seguramente se asociaría con la tradición del banquete, ya que implica el consumo de comida (marcado por la aparición de carne, parrillas y asadores en tumbas) y de bebida, concretamente de vino de acuerdo con las tendencias del Mediterráneo Oriental, aspectos igualmente presentes en algunas tumbas a partir de la presencia de calderos y de *simpula* (cazos) metálicos. Ejemplos de parrillas, calderos, cazos... junto con escarabeos egipcios los encontramos en la necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo, en Castejón de Ebro (Faro 2015).

⁵ Esto lo dicen algunos autores vinculados a la Universidad de Lleida, pero es discutible. Efectivamente existe competencia por los recursos, pero la tendencia a la complejidad social puede que sea un fenómeno favorecido por el contacto colonial.

Para concluir al apartado económico, vemos como las sociedades de las zonas costeras del noreste llevan a cabo distintos procesos de complejidad social, pero siempre basados en las relaciones comerciales de bienes de prestigio. Esto provocará el surgimiento de élites, pero será un sistema inestable por la excesiva dependencia a los intercambios, de modo que la crisis del comercio fenicio del siglo VI ANE generará cambios en las comunidades, con destrucciones y abandono de poblados en la zona del Ebro (territorio más dependiente del comercio fenicio).

3.3. Urbanismo y fortificaciones

Otra cuestión importante para tratar el tema de los intercambios culturales y comerciales es el tema de las construcciones y complejos defensivos, ya que, a pesar de estar contruidos por los indígenas, en ocasiones se manifiestan influencias del mundo oriental. Es lo que ocurre en el caso del yacimiento del Cabezo de la Cruz (Rodanés y Picazo 2013-2014) y el de los Castellazos (Maestro 2005, 143-157), ejemplos que hemos empleado para ilustrar este aspecto, entre otros potenciales candidatos.

3.3.1. Algunos ejemplos destacados

3.3.1.1. Cabezo de la Cruz

Se trata de un yacimiento que ocupa la margen izquierda del río Huerva, con una superficie estimada entre los 11.000-13.000 m². Se llevó a cabo una primera investigación, donde se descubrió la existencia de tres poblados de la Primera Edad del Hierro y un sistema defensivo complejo que analizaré posteriormente.

El poblado fue ocupado durante dos siglos y medio aproximadamente (entre el 800-525 cal. ANE), con tres fases constructivas y reconstrucciones parciales, ya que se dieron destrucciones e incendios al final de cada periodo. Es difícil establecer la duración de cada etapa debido a la denominada como "Catástrofe del Hierro", pero se han conseguido unas fechas de C14 que han permitido establecer unas fechas aproximadas. El primer poblado tendría una vida circunscrita entre el 800-600 cal. ANE, levantado sobre restos del Bronce Final y un plan de urbanismo previo. La cronología de la segunda fase se ubicaría entre el 660-590 cal. ANE, con reconstrucciones, una ampliación y cambios. La tercera fase (590-525 cal. ANE) supone una nueva y rápida reconstrucción, levantándose nuevos tipos de viviendas pluricelulares. Se han encontrado cerámicas a torno que permiten situar el fin de la ocupación

en puntos avanzados del siglo VI ANE, dándose al mismo tiempo destrucciones en otros poblados del valle del Ebro de forma generalizada.

Se trata de un punto clave para las movilizaciones N-S, vinculando el Valle del Ebro con el Sistema Ibérico. De este modo, se trataría de un emplazamiento estratégico que permite una buena defensa debido a su altura, una explotación de los recursos cercanos y un punto de control de los asentamientos próximos.

En cuanto a la economía del poblado, se llevarían a cabo actividades agrícolas extensivas de secano como el cultivo del mijo, la cebada y el trigo junto a frutales como la vid y la higuera. Esto lo permitirían unos suelos húmedos y un glacis en la margen izquierda del valle. Se darían otras actividades complementarias como la caza y una incipiente ganadería de ovinos, vacas y algún cerdo. Destaca la presencia del caballo, utilizado como animal de tiro, así como elemento de poder y bélico. También se trabajarían las pieles y el hierro, a lo que se suma la cerámica y un comercio de media y larga distancia.

En cuanto a la articulación y construcción del asentamiento, las excavaciones parecen indicar un plan urbanístico previo (Rodanés y Picazo 2013-14), con calles radiales y existencia de manzanas compactas en las que se levantarían un número de viviendas indefinidas y colocadas en las terrazas de la ladera. No se trata de un modelo de poblado convencional, adaptándose a la morfología del terreno y contando con un gran tamaño, acercándose más a la tipología de poblados de la Segunda Edad del Hierro (Rodanés y Picazo 2010).

Cabe hablar del conjunto defensivo, que ocupa la zona media-baja de la ladera y dispone una franja de 16 metros de anchura, tratando cada elemento de forma individual para facilitar la explicación de las hipótesis finales (Rodanés y Picazo 2009).

El foso está situado al pie de la ladera con un tramo de 62 metros que se adapta a los desniveles, de modo que cuenta con una forma sinuosa. Tiene unos 4 metros de anchura, llegando en algunos puntos a los 5,5, y en un tramo se corta debido a una posible intrusión. Su profundidad es de 60 cm, aunque presenta variaciones en algún punto. Se trata de un foso perimetral basal, siendo un obstáculo añadido para favorece el resto del conjunto defensivo, como los escarpes abruptos superiores y la alta pendiente en talud. Tiene paralelos con el foso de Contrebia Belaisca, pero cuenta con unas proporciones y cronología distintas. Los fosos con finalidad defensiva tienen su origen en el Calcolítico peninsular, con ejemplos en España y Portugal. Ganarán importancia sobre todo a partir de la Primera Edad del Hierro, apareciendo sobre todo en el nordeste con vínculos con el sur francés. Este tipo de defensa ya estaba

patente en el ámbito fenicio antiguo como Troyanos, manteniendo contactos cercanos con los territorios del Valle del Ebro.

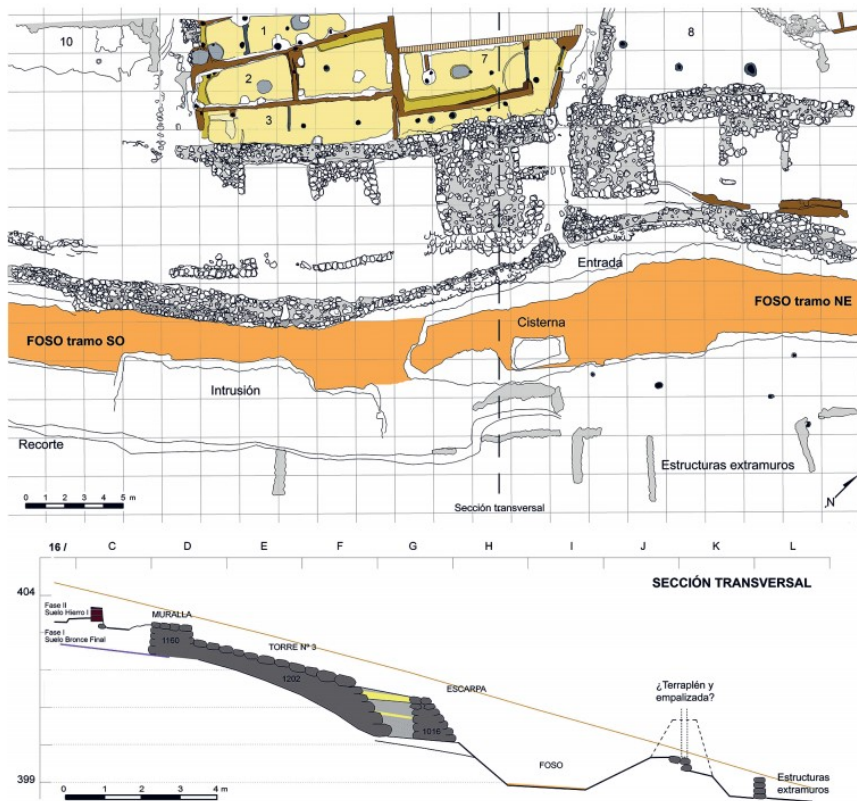


Figura 7. Planimetría y sección transversal del sistema defensivo (Rodanés y Picazo 2013-2014, 222).

Por otra parte, la escarpa cuenta con un tramo inferior, con una altura que no supera el metro y que corresponde al talud de la excavación del foso. También hay un tramo superior, una obra de mampostería que recrea el talud. Está compuesta por bloques de arenisca trabajados con mortero hecho a partir de áridos, cal y yeso en distintas proporciones. Los bloques se apoyan sobre niveles de basura sin cimientos y, de la misma forma que el foso, sigue un tramo sinuosos de unos 60 metros, con una altura de 2 m y con puntos inclinados. La anchura es variable (entre 35 y 180 cm, llegando a los 2 m), lo que se debe a procesos de erosión y de reconstrucción desigual. Los extremos se han perdido por esas citadas causas naturales.

La construcción de este muro presenta una interrupción donde había una poterna y una vía para la salida de aguas residuales. Se construyó durante el primer poblado del Hierro, siendo el último elemento defensivo levantado, pero era necesario para mejorar la defensa y para contener los depósitos detríticos y que estos no rellenasen el foso.

La contraescarpa parece contemporánea al foso, conservándose pobremente, aunque durante la ocupación del poblado debía ser más alta. Cuenta con elementos como un agujero de poste y un escalón, que podrían ser del segundo poblado y que junto a la primera construcción podrían levantar 2 y 3 metros del suelo.

La muralla es el principal elemento defensivo, con un metro de altura y con bastiones o torres adosadas en su cara externa. Los cimientos tienen una profundidad de 1,50 m y se apoyan sobre los restos del Bronce Final. Es anterior a las viviendas, que se apoyan en su cara interna, de modo que es la estructura más antigua de la Primera Edad del Hierro (800 cal. ANE). Sólo se conserva el tramo NE-SO, ya que la erosión se ha encargado de destruir el resto. Discurre paralela al foso, con una distancia de entre 5 a 8 metros en puntos concretos, y está construida a partir de bloques de arenisca y también cantos rodados de cuarcita, que están trabados con mortero hecho con áridos, yeso y cal.

Por último, hay cinco torres o bastiones, de planta cuadrada o rectangular, construidas con bloques de arenisca. Están adosadas a la muralla, de modo que se construirían durante el primer poblado, pero no al mismo tiempo. Tendrían entre 3,5 y 4 metros de anchura, pero la erosión dificulta su análisis, ya que se encuentran mal conservadas. Estos elementos se consideran de influencia mediterránea, relacionados con los fenicios, y podemos encontrar paralelos en zonas como Alorda Park, Molí D'Espigol o San Antonio de Calaceite.

3.3.1.2. Los Castellazos

Ubicado en Mediana de Aragón (Zaragoza) cuenta con dos niveles de ocupación correspondiendo el más antiguo a un poblado de la Primera Edad del Hierro (Maestro 2005, 143). Se trata de un punto intermedio entre el grupo cultural del Valle del Ebro y el Bajo Aragón, de los que recibe influencias. De este modo, en el punto más alto del cerro en el que se ubica el yacimiento encontramos restos cerámicos y una torre de vigilancia, que cuenta con similitudes respecto a lugares de la misma época como el Alto de La Cruz (Cortes de Navarra) y El Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza). Esto es indicativo de la existencia de diversos círculos o áreas culturales en el NE peninsular durante el desarrollo de la Cultura de Campos de Urnas y Primera Edad del Hierro.

Además, cuenta con una necrópolis al suroeste del cerro, en el sector Barranco Sur, donde aparece una tumba de incineración con restos de cremación y un ajuar compuesto por cerámicas. Entonces, teniendo en cuenta diversos aspectos del asentamiento como su amplitud, sus características estratégicas y la entidad de su necrópolis, podemos decir que se

trata de uno de los mayores poblados de la Primera Edad del Hierro en esta zona, siendo un lugar central a partir del cual se habría ordenado el territorio. Esto se traduce a partir de sus hallazgos, como la torre de vigilancia antes citada, a la que se suman dos cintas de muralla y varias líneas del foso situadas en diversos puntos de las vertientes este y oeste. De esta forma, se trata de uno de los sistemas poliorcéticos más complejos de los poblados aragoneses, inspirado en modelos helenísticos.

3.3.2. Tradición e influencias orientales

Estos sistemas defensivos son uno de los elementos más característicos de los poblados prehistóricos (Rodanés y Picazo 2013-2014, 227), necesitando gran cantidad de materiales y esfuerzo, los cuales dependerán de lo que se quiera custodiar o del grado de amenaza externa. Es por ello que a veces estas construcciones se exageran, aunque también sirven como un elemento para mostrar prestigio y riqueza, así como para controlar el territorio circundante. Sin embargo, en el caso del Cabezo de la Cruz este elemento aparece de forma muy temprana, de modo que se hace necesario rastrear su origen.

Los antecedentes se encuentran en poblados del Bronce, con paralelos en yacimientos como la Hoya Quemada del Bronce Medio, vinculado con el Bronce Valenciano o Bronce Ibero-Levantino. Otro ejemplo más cercano es el poblado de los Collados del Bronce Antiguo en Jaulín, donde se ha descubierto un tramo de muralla con doble paramento y 2,1 m de espesor cerca de la entrada.

Estos asentamientos y el tipo de poblamiento son las formas más habituales y sencillas que se dan a las exigencias de defensa en zonas elevadas con poco espacio. Existen otros poblados cerrados con estructuras de piedra en el NE desde el Bronce Antiguo-Medio, pero la gran diferencia temporal no permite vincularlos con los de la Primera Edad del Hierro, de modo que no serían herederos de estos.

Hay quienes hablan de influencias fenicias para este tipo de asentamientos, pero también se plantean contactos con el oeste peninsular, de modo que el comercio fenicio no sería el origen.

Vemos como la aportación local no tendría gran relevancia, a lo que debe sumarse que no se encuentran vínculos con los poblados del NE durante el Bronce Antiguo. Sólo se perciben paralelos en el sureste francés en el Bronce Final, así como algún hallazgo aislado en el ámbito catalán. Volviendo al Cabezo de la Cruz, este poblado muestra un modelo económico y social desarrollado, lo que se vincula con el surgimiento de las sociedades ibéricas, de forma que no

se trata de un modelo de poblamiento tradicional de pequeños emplazamientos poco poblados.

Su propio desarrollo no se debe a factores internos, ya que el Valle del Ebro desde épocas tempranas está muy imbuido por los contactos con el Mediterráneo. Se observa como el contacto colonial favorece la evolución de las comunidades locales, ubicando el origen en el Bajo Ebro y extendiéndose el Medio y Alto Ebro.

La consolidación de las relaciones en estos territorios debe retrotraerse al siglo VIII cal. ANE (*idem.*, 228). Se daría la existencia de unas élites locales que fundamentan su poder en los contactos con los fenicios y después con los griegos, lo cual se documenta a partir de hallazgos como asadores, el escudo o la lira de la Este de Luna o el soporte de Calaceite.

En cuanto a los complejos defensivos; la llegada de los fenicios en el siglo IX ANE provocó transformaciones en las construcciones indígenas, como el uso de la torre cuadrangular. Funcionalidad, inmediatez, aprovechamiento de materiales del entorno y el reemplazo de modelos arquitectónicos preexistentes son algunos rasgos de este tipo de arquitectura.

Vemos entonces como los contactos de las élites con el mundo oriental son clave para la recomposición del poblamiento de la zona. Además, la existencia en el poblado de elementos como la vid también indica este vínculo mediterráneo, lo cual se suma a la necesidad de proteger esos recursos mediante sistemas defensivos. Los contactos en yacimientos como el Cabezo de la Cruz deben ubicarse en torno a los inicios de la Primera Edad del Hierro, momento en el que se hace necesario mostrar el prestigio y el poder a partir de las construcciones. Las murallas eran un elemento representativo, construidas probablemente por los indígenas pero basadas en modelos orientales, de modo que se cumplió al mismo tiempo la función de proteger las manufacturas y los recursos.

Es difícil saber si este sistema triunfó o fracasó, pero lo que parece claro es que estos asentamientos no presentan un modelo de evolución vinculado con las tradiciones anteriores del Bronce, sino que son producto de los indígenas inspirados por los contactos orientales en un periodo de segmentación de la sociedad y del surgimiento de aristocracias militares.

3.4. Mundo funerario

En este apartado pretendo hablar de algunas de las innovaciones que se dan durante la Primera Edad del Hierro como una forma de diferenciarlas de las anteriormente vistas en el Bronce Final. Para ello emplearé el artículo de López Cachero (2008) donde se hace referencia a las características de las necrópolis durante ambos periodos, a lo que sumaré el ejemplo del yacimiento de El Castillo en Castejón de Ebro.

Durante la Primera Edad del Hierro (López Cachero 2008, 163) lo que nos encontraremos es un cambio en las sociedades provocado por el comercio colonial mediterráneo, que a su vez es causa del surgimiento de aristocracias guerreras cuya seña de identidad serán las tumbas de mayor tamaño y con elementos suntuarios como armas, las denominadas como tumbas de guerrero de al menos el siglo VI ANE.

En cuanto a la evolución de las necrópolis se dan diferencias de carácter regional: en Can Piteu-Can Roqueta se ve una evolución de noreste a sureste desde el Bronce Final hasta el Hierro; pero en otras zonas como Can Bech y El Calvari se percibe la utilización de un punto central y posteriormente de la periferia, sin abandonar este primer grupo (Ruiz Zapatero 2001). Esto podría suponer la existencia de diferencias sociales, ya que las estructuras centrales son más pétreas, pero también se da cierta diferenciación de enterramientos en zonas por sexos.

Durante este periodo se comienza a popularizar la realización de túmulos cuadrangulares, como en Pedrós, Castellet II, La Codera, etc. También pueden incluir círculos concéntricos y en algunos como Castellet II o Roques de Sant Formatge se levantan algo más del suelo, siendo parecidos a los de la primera zona nombrada.

Sí se pueden establecer una serie de factores que nos permitan entender este fenómeno, dándose cambios en lo funerario a lo largo del tiempo, aunque es casi imposible hablar de un modelo general debido a las grandes diferencias territoriales del noreste peninsular. Sin embargo, vemos un gran desarrollo en el interior, de forma que habrá que esperar al Hierro para que estas tendencias se expandan al Bajo Ebro y Tarragona y hasta el siglo VI ANE para que se den en los territorios costeros y el prelitoral catalán. Se establece la idea de que a los ajuares funerarios les pasa lo contrario, ya que hay más elementos de lujo en la costa debido a la cercanía con los puntos de distribución (López Cachero 2006). Esto se debe a que las zonas del interior tenían una evolución interna y un modelo o sistema basado en los recursos agropecuarios, mientras que las zonas costeras y el litoral dependían de los

comerciantes, integrando redes de intercambio en el Mediterráneo. Sin embargo, a partir del estudio de otras necrópolis como El Castillo de Castejón de Ebro en Navarra se desmiente esta teoría.

Se trata de una necrópolis tumular, aunque presente diferencias con respecto a los campos de urnas del litoral catalán y las necrópolis de la Meseta oriental (Faro 2015, 109-110). Es la muestra de la transición del mundo mediterráneo al indoeuropeo, donde se mezclan las sepulturas complejas y suntuosas del Mediterráneo y los enterramientos más pobres del mundo céltico, siendo una cuestión generalizada para el territorio del Valle del Ebro.

Para la necrópolis de El Castillo se emplearon materiales como los cantos rodados y el adobe, siendo un cementerio que se extiende desde la Primera Edad del Hierro hasta la Segunda Edad del Hierro (s. VI-III ANE). Tiene un carácter excepcional, tanto por las distintas dimensiones de las estructuras como por la diferencia de complejidad de las mismas. También hay una gran riqueza y diversidad de ajuares, característica que puede deberse a su condición de zona de transición entre el mundo céltico, íbero y vascón. Estos materiales depositados en el interior de las tumbas son indicadores al mismo tiempo de los contactos con la Meseta, el ámbito mediterráneo oriental y el ultrapirenaico.

Esta necrópolis es el ejemplo para estudiar los rituales de la muerte que se celebraban en la Primera Edad del Hierro y que derivaban de los contactos con las sociedades mediterráneas. El sacrificio de animales y el banquete formaban parte de estas ceremonias, siendo ritos constatados por el rico ajuar de las tumbas con conjuntos numerosos de utensilios metálicos y cerámicas de usos y orígenes variados (cuchillos, broches, parrillas, fíbulas, puntas de lanza, botones, hachas, calderos, braseros, *simpula*, ganchos de carne, etc.). Además, también son indicadores de fuertes jerarquizaciones sociales de la comunidad, con una cúspide ocupada por un personaje que asumiría la condición de guerrero (armamento ofensivo y defensivo), sacerdote que dirigía los sacrificios (cuchillos y hachas) y *rex*. Estas élites tendrían el poder político y religioso, concentrando riqueza y amortizándola, costumbre muy frecuente en el mundo mediterráneo y que en esta sociedad parece generalizarse a mediados del s. VI ANE.

En definitiva, el cambio de lo funerario es un indicador importante del desarrollo de las sociedades, con una mayor monumentalidad en las tumbas para poder guardar mayor cantidad de elementos de ofrendas y de ajuar, que será también un marcador de la complejidad social. Entonces, en la Primera Edad del Hierro las transformaciones del ámbito

funerario se hacen más evidentes. Nos vamos a encontrar con un mayor tamaño, así como con la aparición de tumbas cuadrangulares como hemos nombrado con anterioridad, lo cual permite contener más vasos y ofrendas y por tanto, aparecen cerámicas de tipologías distintas. También hallamos nuevos objetos metálicos en bronce y hierro como fíbulas, cuchillos de remaches o armamento en general, parrillas, asadores, calderos, simpula, otros objetos de prestigio, etc., muchos de ellos ligados a la introducción del banquete.

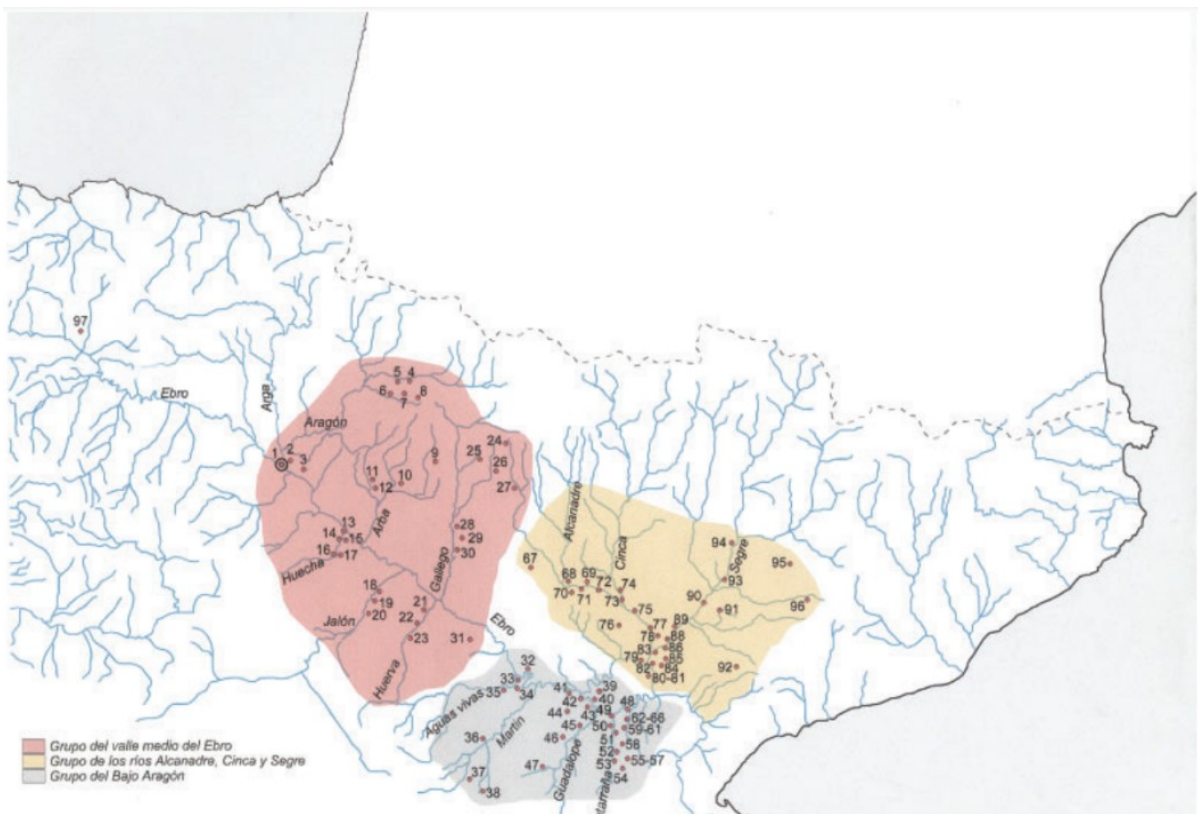


Figura 8. Necrópolis de incineración del valle del Ebro. Cartografía según J. I. Royo (2000), modificada. (Faro 2015, 33).

4. CONCLUSIONES

En el tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro se perciben una serie de transformaciones en el noreste peninsular que irán de la mano de unos intercambios e interacciones con sociedades como la fenicia, griega y centroeuropeas.

Durante la última etapa de la Edad del Bronce nos vamos a encontrar con depósitos o escondrijos metálicos enterrados por diversos motivos como la refundición o la venta posterior. Se trata de conjuntos que contienen esencialmente artefactos de Bronce, donde ya puede aparecer algún utensilio de hierro de forma extraordinaria. Sin embargo, este elemento no se generalizará hasta los inicios de la Edad del Hierro, momento en el que deja de adquirir un valor tan suntuoso y lo encontramos de forma más generalizada formando ajuares o como objetos de uso cotidiano. También las influencias en ambas etapas serán distintas, ya que durante el Bronce Final hallamos depósitos como los de Sant Aleix o los Cascajos que cuentan con unas influencias que pueden ubicarse en los Alpes o en la fachada atlántica, mientras que los artefactos metálicos del Hierro como el soporte de Les Ferreres tiene una influencia y rasgos mediterráneos.

Se encuentra muy ligado a la economía de bienes de prestigio, con un surgimiento de élites guerreras o aristocráticas que se nutren del comercio colonial. Esto provoca que frente a las sociedades igualitarias del Valle del Ebro durante el Bronce, se comience a dar cierta jerarquización, con élites que controlan esos intercambios y que cuentan con ajuares funerarios más ricos. Se tratará normalmente de jefes que concentran el poder político y religioso y que se encuentran al frente de poblados con cierta entidad y que controlan las actividades económicas de los territorios circundantes.

En cuanto a estos asentamientos, también experimentan variaciones a lo largo del tiempo. En El Bronce Final nos encontraremos con distintos sistemas de poblamiento dependiendo de la zona que analicemos, pudiendo hallar desde construcciones hechas en piedra hasta otras más pobres y realizadas en madera, con estructuras más simples y poblados de calle central. Sin embargo, conforme avanzan las épocas y nos adentramos en la Edad del Hierro, hallamos un tipo de asentamientos que cuentan con un plan de construcción previo. El tamaño de éstos también aumenta, lo cual se liga con el alza demográfica que experimenta el noreste peninsular durante la Edad del Hierro, a lo que se suma un urbanismo más complejo. Cuentan con sistemas fortificados y con defensas complejas como murallas, torres, foso perimetral y campos frisios, que tienen el objetivo de no solo de defender a la comunidad, sino

también de mostrar poder y proteger los bienes que concentran esas élites emergentes. Además, estos sistemas defensivos también se ligan con paralelos que del ámbito del Mediterráneo Oriental, de forma que además de ese comercio, también se produce un intercambio de carácter cultural.

Esas aristocracias emergentes comienzan a ser anunciadas por las estelas de guerrero, construcciones monolíticas que presentan grabados de diversos motivos como armamento y escudos, vinculadas al Bronce Final del SO peninsular y excepcionalmente presentes en el valle del Ebro por la estela de Luna. Sin embargo, su significado todavía es objeto de debate entre los investigadores, pudiendo tratarse de marcadores territoriales y formas de organización geográfica. En cualquier caso, lo que sí denotan las estelas en general y la de Luna en particular, es la alta movilidad de gentes y productos que parecen circular por toda la península y en cualquier dirección.

Tales aristocracias no terminan de manifestarse de forma clara inicialmente, en los contextos funerarios contemporáneos del Bronce Final, pero a lo largo del periodo se observan cambios más significativos que marcan esa transición del Bronce al Hierro. En un primer término vamos a encontrarnos con que perduran algunas tradiciones antiguas durante el Bronce Final como los enterramientos en cistas o en cuevas, pero también se ve una generalización de los túmulos circulares. De forma paulatina comienza a darse la introducción del fenómeno de los Campos de Urnas durante la última etapa del Bronce. Se trata de la llegada del ritual de la cremación, colocando las cenizas en urnas cerámicas (generalmente con decoración acanalada) y formando los famosos campos de hoyos. Los hallazgos indican unos ritos y estructuras homogeneizadas, más o menos uniformes y con ajuares indiferenciados, de modo que es complejo hablar de jerarquización social. En la Primera Edad del Hierro ya vemos como los túmulos empiezan a presentar diferencias según al individuo que se entierre. Estas élites del Hierro comienzan a contar con mayores túmulos, que pasan de circulares a cuadrangulares, y donde aumentan los elementos de ajuar, siendo también un indicador de prestigio social. Es decir, en la Primera Edad del Hierro se levantarán estructuras que mostrarán una mayor heterogeneidad, con diferencias de tamaño y la generalización de túmulos cuadrados, siendo un claro indicador de la polarización social.

En la economía, durante las últimas etapas del Bronce hablamos de una estructura agraria simple basada en el cereal, con pequeños rebaños de ovicápridos y leguminosas como actividad secundaria, marcándose también diferencias regionales. Las actividades agropecuarias se complementan con algún intercambio que queda marcado por los depósitos

metálicos. Durante el Hierro, se generaliza e intensifica la actividad comercial llevada a cabo por las élites, siendo sociedades que en algunas ocasiones son muy dependientes de esos intercambios. Se trata de un modelo asociado a la economía de bienes de prestigio, que consiste en atesorar elementos de lujo o prestigiosos que normalmente acompañan al propietario en su ajuar funerario, siendo también un indicador de las diferencias sociales.

Además, en esta época se introducen nuevos cultivos como la vid, elemento que nos marca la existencia de intercambios e interacciones con el mundo mediterráneo debido a su carácter exógeno. Su aparición, que debe relacionarse con la producción de vino, también es un claro indicador de la apropiación de algunos ritos del mundo griego y fenicio como la celebración de banquetes, constatados por los elementos metálicos que contienen las tumbas como calderos, parrillas o *simpula*.

En definitiva, vemos como se dan cambios paulatinos en las comunidades del noreste peninsular que van quedando bien marcadas por el registro arqueológico. Esos cambios se traducen en la transformación de las sociedades con estructura algo más simple del Bronce Final a las formas de organización más complejas en la Edad del Hierro, todo ello influenciado por los contactos que se dan con el mundo europeo y, especialmente, mediterráneo. Sin embargo, es importante tener en cuenta los factores de desarrollo local, que no han sido objeto de análisis en este trabajo, pero que sin duda intervienen en estos procesos y transformaciones, encontrándose en la base de la configuración de los pueblos o grupos prerromanos de la Segunda Edad del Hierro.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro Basch, M. (1940) 'El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa', *Ampurias*, 2, pp. 85-143.

Almagro Basch, M., (1960) 'Inventaria Archaeologica. España', Fasc. 5, E-6, 2 (2), Instituto Español de Prehistoria. Madrid.

Almagro Basch, M. (1989) [1952] 'La invasión céltica en España', en *Historia de España* Ramón Menéndez Pidal, Tomo I.2, La protohistoria, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-278.

Almagro Gorbea, M. (1976), 'La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de las espadas del Bronce en el Norte de la Península Ibérica', *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, vol. III. Santander, Centro de Estudios Montañeses, pp. 453-477.

Almagro Gorbea, M. (1997) 'La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología', *Homenaje a Milagros Gil-Masarell*, Saguntum, 17, pp. 217-229.

Almagro-Gorbea, M. y Fontes, F. (1997) 'The introduction of wheel-made pottery in the Iberian Peninsula: Mycenaean or pre-orientalizing contacts?' *Oxford Journal of Archaeology* 16(3), pp. 345-361.

Alonso Fernández, C. y Jiménez Echevarría, J. (2009) 'El depósito de armas del bronce final de «Los Cascajos», Grañón (La Rioja)', *Gladius*, XXIX(0), pp. 7–38. doi: 10.3989/gladius.2009.214.

Armada, X. L. y Rovira, S. (2011) 'El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto', *Archivo Español de Arqueología*, 84(0), pp. 9–41. doi: 10.3989/aespa.084.011.001.

Arteaga, O., Padró, J. y Sanmartí, E., (1976-1978) 'El factor fenici a les costes catalanes i del Golf de Lió'. En «Els Pobles Pre-Romans del Pirineu», 2.0 Col.loqui In-ternacional d'Arqueologia de Puigcerdó. Puigcerdá, pp. 129-135.

Artzy, M. (2007) 'Los nómadas del mar', Bellaterra, Barcelona.

Bosch Gimpera, P., (1919) 'Prehistoria Catalana', En *Enciclopèdia Catalana* XVI, Barcelona.

Cabré Aguiló, J. (1942) 'El thymiaterion céltico de Calaceite', *Archivo Español de Arqueología* 15, pp. 181-198.

Cook, A. B. (1914) 'Zeus. A Study in Ancient Religion, Volume I, Zeus God of the Bright Sky', Cambridge University Press, Cambridge.

Cook, B. F. (1968) 'A class of Etruscan bronze omphalos-bowls', *American Journal of Archaeology* 72(4), pp. 337-344.

Costa Caramé, M. E. (2013) 'Las estelas del Suroeste en el valle del Guadalquivir y Sierra Morena: distribución espacial y nuevas perspectivas de investigación', *Trabajos de Prehistoria*, 70(1), pp. 76–94. doi: 10.3989/tp.2013.12103.

Díaz-Guardamino, M. (2010) 'Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica', Memoria para optar al grado de doctor, Universidad Complutense, Madrid, pp.15-16.

Fabre, G. (1952) 'Les civilisations protohistoriques de l'Aquitaine', París

Faro Carballa, J. A. (2015) 'La necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Vajilla e instrumental metálico de sacrificio y banquete en el valle medio del Ebro (S. VI – III a. C.)', *Lvcentvm*, (34), pp. 31–118. doi: 10.14198/lvcentvm2015.34.03.

Gallart, J., (1987) 'Un dipòsit de bronzes a Llavorsí (Pallars Sobirà). Excavacions Arqueològiques à Catalunya 10'. Barcelona

Gallart, J. y Rovira, S. (1990) 'Llavorsí. Estudio arqueometalúrgico de un depósito de la Edad del Bronce'. *Revista de Arqueología* 108, pp. 8-15.

Gallart, J. y Rovira, S. (1991) 'Estudi preliminar dels materials del dipòsit de bronzes de Llavorsí (Pallars Sobirà)'. *Actas del Congreso Internacional de Historia de los Pirineos I*, Madrid, pp. 221-242.

Jiménez Pasalodos, R. (2012) 'The Lyres of the Far West, Chordophones in the Bronze Age Warrior Stelae of the Southwest Iberian Peninsula', *Studien zur Musikarchäologie VIII, Klänge der Vergangenheit. Die Interpretation von musikarchäologischen Artefakten im Kontext, Vorträge des 7. Symposiums der Internationalen Studiengruppe Musikarchäologie, Tianjing Conservatory of Music, Tianjin, Chine*, pp. 215–225

Kristiansen, K. (2001) *Europa antes de la historia*. Barcelona, Península.

López Cachero, F. J. (2005), 'La necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell) en el contexto del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Vallès: estudio de los materiales cerámicos', Tesis doctoral, Universitat de Barcelona. Consultable en [URL: <http://www.tesisenxarxa.net/>]

López Cachero, F. J. (2006) 'Aproximació a la societat durant el bronze final i la primera edat del ferro: el cas de la necròpolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental, Barcelona)', *Societat Catalana d'Arqueologia*, Barcelona.

López Cachero, F. J. (2007) 'Sociedad y Economía Durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Noreste Peninsular: Una Aproximación a Partir de las Evidencias Arqueológicas', *Trabajos De Prehistoria*, 64(1), pp. 99–120.

López-Cachero, F. J. (2008) 'Necrópolis de incineración y arquitectura funeraria en el noreste de la Península Ibérica durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro', *Complutum*, 19(1), pp. 139–171.

Lucas, M. R. (1982) 'El thymiaterion de Calaceite (Teruel)', *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 16, pp. 20-28.

Maestro, E. M. (2005) 'Los Castellazos. Mediana de Aragón (Zaragoza)', *Boletín del Museo de Zaragoza*, 5, pp. 399–400.

Maluquer, J. (1977-78) 'Novetats en el món ibèric', *Pyrenae* 13-14, pp. 109-119.

Martí, F. (1969-70) 'Las hachas de bronce en Cataluña', *Ampurias*, XXXI-XXXII, pp. 105-151.

Meijide Cameselle, G. (1988) *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica. Arqueohistórica*, 1, Santiago de Compostela, Universidade.

Moret, P., Benavente, J. A. y Gorgues, A. (2006) 'Íberos del Matarraña. Investigaciones arqueológicas en Valdeltormo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel)', *Al-Qannis* 11, Taller de Arqueología de Alcañiz - Casa de Velázquez, Alcañiz.

Picazo, J. V. (2005) 'El poblamiento en el Valle Medio del Ebro durante la Prehistoria reciente: zonas y procesos', *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 15, pp. 97–115.

Rafel, N. (1989) 'La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa: les estructures funeràries', *Ajuntament de Tarragona*.

Rafel, N. (1991) 'La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa: els materials'. *Diputació de Tarragona*.

Rafel, N. (1995) 'Usos rituals a la necròpolis del Coll del Moro (Gandesa, la Terra Alta)', *L'Arqueologia de la mort. El món funerari a l'antiguitat a la Catalunya meridional*, *Citerior* 1, Tarragona, pp. 51-71.

Rafel, N. (2003) 'Les necròpolis tumulàries de tipus baixaragonès: les campanyes de l'Institut d'Estudis Catalans al Matarranya', Monografies del MAC-Barcelona 4, Barcelona.

Rafel, N. (2005) 'Los soportes de Calaceite y las manufacturas ornamentales en bronce del Ibérico antiguo', en S. Celestino y J. Jiménez (eds.): El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV, Mérida, pp. 491-501.

Rodanés, J. M^a. y Picazo, J. V. (2018) '13 Interaction and Interchange . The Genesis of the Late Bronze and Early Iron Age in the Middle Ebro Valley'. Interchange in Pre- and Protohistory, Oxford, pp. 161-175.

Rodanés, J. M^a. y Picazo, J. V. (2014) 'Influencias orientales en el sistema defensivo de los poblados de la Primera Edad del Hierro del Cabezo de la Cruz (La Muela , Zaragoza)', *Saldvie: Estudios de prehistoria y arqueología*, (13-14), pp. 213-231.

Rovira, J. y Casanovas, A. (1993) 'El Deposito De Brazaletes De Sant Aleix (Lleida) Y Los Depositos De Objetos Metalicos Del Bronce Final En Catalunya ' a', *Atlantic*, pp. 69-80.

Rovira i Port, J. (1976-78) 'La penetració durant el Bronze Final de les influències Nord-Pirinenques cap a l'interior de Catalunya i el seu impacte', En Els Pobles Pre-Romans del Pirineu. 2.º Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, pp. 69-82.

Rovira i Port, J. (1990-1991) 'Reflexiones sobre los primeros Campos de Urnas en la Península Ibérica; una arribada marítima', Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 15, pp. 157-171.

Rovira i Port, J. y Santacana Mestre, J. (1989) 'From the end of the Bronze Age to the First Age of Iron. Convulsion of the Social and Economic Structures at the Mediterranean Coast of the Iberian Peninsula', En Stig Sorensen, M. L. y Thomas, R. (eds.): The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe. B.A.R. Int. Series 483, Oxford, pp. 100-111.

Royo, J.I. (1984) 'Excavaciones del Museo de Zaragoza en la necrópolis prehistórica del Barranco de la Mina Vallfera, Mequinenza, Zaragoza', Boletín del Museo de Zaragoza, 3, pp. 5-22.

Royo, J.I. (1987) 'El poblado y necrópolis prehistóricos de Riols I, Mequinenza, Zaragoza'. Campaña de urgencia, Arqueología Aragonesa, 1985, pp. 31-35.

Royo, J.I. (1990) 'La necrópolis de los Campos de Urnas del valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico', II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis celtibéricas (F. Burillo, coord.), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 123-136.

Royo, J.I. (1994-96) 'Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de los castellets de Mequinenza (Zaragoza): una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro I en el NE peninsular', Actas de la Taula Rodona: models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 ane. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre (St. Feliu de Codines, 1994), Gala, 3-5, pp. 93-108.

Ruiz-Gálvez, M. (1995) 'Depósitos del Bronce Final: ¿sagrado o profano?, ¿sagrado y, a la vez, pro-fano?', Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo, Complutum, n.o extra 5, pp. 21-32.

Ruiz-Gálvez, M. (1998): La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental, Barcelona, Crítica.

Ruiz Zapatero, G. (1985) 'Los campos de Urnas del noreste de la Península Ibérica', Universidad Complutense, Madrid.

Ruiz Zapatero, G. (2001) 'Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas. La Edad del Bronce, ¿Primera edad de oro de España? Sociedad, economía e ideología' (M. Ruiz-Gálvez Priego, coord.), Crítica, Barcelona, pp. 257-288.

Ruiz Zapatero, G., Fernández, V.M. (1984) 'Patrones de asentamiento en el Bajo Aragón protohistórico', Arqueología Espacial, 4, pp. 43-63.

Ruiz Zapatero, G. (2011) 'Bronce Final - Hierro: La naturaleza de los Campos de Urnas', *La transició Bronze Final - 1a Edat del Ferro en els Pirineus i territoris veïns, XV Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp. 635-658.

Sanmartí, E., Barberà, J., Costa, F.; García, P. (1982) 'Les troballes funeràries d'època arcaica de la Granja Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Vallès Occidental, Barcelona)', *Ampurias*, 44, pp. 71-103.

Sanmartí, E. (1993) 'Una troballa de guerrer de la primera edat del ferro trobada a Llinars del Vallès (Vallès Oriental, Barcelona)', *Treballs del Museu de Granollers* 1.

Sanmartí, J., Belarte, Ma C., Santacana, J., Asensio, D., Noguera, J. (2000) 'L'assentament del Bronze final i Primera Edat del Ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)', Arqueomediterrània 5, Barcelona.

Vilaseca, S. (1943) 'El poblado y necrópolis prehistóricos de Molá (Tarragona)', Acta Arqueológica Hispánica I, Madrid.

Vilaseca, S. (1947) 'El campo de urnas de Les Obagues del Montsant y la evolución de la cultura de las urnas en el Sur de Cataluña', Archivo Español de Arqueología, XX, pp. 28-45.

Vilaseca, S. (1956) 'El campo de urnas de La Tosseta (Guiamets, prov. de Tarragona)', IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954), Zaragoza, pp. 841-856.

Vilaseca, S., Solé, J.M., Mañé, R. (1963) 'La necrópolis de Can Canyís (Banyeres, provincia de Tarragona)', Trabajos de Prehistoria, 8.